

La Ilustración Artística

Año XVII

← BARCELONA 24 DE OCTUBRE DE 1898 →

Núm. 878

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL CANTO, cuadro de H. Kaulbach

(de fotografía del sucesor de Hanfstaengl, de Munich)



Texto.—*Murmuraciones europeas*, por D. Emilio Castelar. — *El Padre Luis Coloma*, por Luis Ruiz y Contreras. — *Teatro íntimo. Representación al aire libre de «Ifigenia en Taurida»*, por A. — *Los rosarios en Andalucía*, por J. Gestoso y Pérez. — *Nuestros grabados.* — *Mentira sublime*, novela (continuación). — *Un nuevo ferrocarril en China.* — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados.— *El canto*, cuadro de H. Kaulbach. — *El Padre Luis Coloma.* — *Teatro íntimo. Representación de «Ifigenia en Taurida» en los jardines del Laberinto.* — Sello de la agrupación *Teatro íntimo.* — *La oración vespertina*, cuadro de Theo Grust. — *El Rosario de la Aurora. Un hermano.* — *Las coplas*, dibujos de S. Azpiazu. — *Arrabal de Chioggia*, cuadro de José Carozzi. — *«Todo por la patria»*, episodio de la guerra alemana de 1813, cuadro de Arturo Kampf. — *República Argentina.* Banquete ofrecido por el comercio y la alta banca de Buenos Aires al teniente general D. Julio A. Roca, electo presidente de la República, y celebrado en el teatro de La Opera en la noche del 25 de agosto último. — Figs. 1 á 6. Un nuevo ferrocarril en China. — *Un domingo en la aldea*, cuadro de L. Dettmann. — *El Guadalupe en Sevilla.* — *El Guadalupe en Alcalá*, cuadros de Manuel García Rodríguez.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

El emperador alemán. — Sus inquietudes nerviosas y sus viajes continuos. — Peregrinación á Tierra Santa. — Paso por Venecia. — Evocación de esta ciudad. — Camino de Constantinopla. — Recuerdos históricos de Santa Sofía. — El Bósforo. — Conclusión.

Me place, por su romanticismo natural, el emperador alemán, no dando reposo jamás á sus nervios, continuamente remontados en busca de copiosas y profundas emociones. Todo el mundo le ha visto citar los regimientos á ejercicios en altas horas de la noche; reunir los caballeros teutones en su palacio para dirigirles arengas parecidas á los viejos relatos del Santo Graal, que reclamaban un acompañamiento místico de orquestas inspiradas en el sublime *Parsifal*; convocar concilios ecuménicos de las nuevas creencias sociales, aspirando á Constantino del socialismo, mientras su posición y su carácter lo condenaban á ser meramente Juliano; inspirar comedias políticas á los dramaturgos de la corte, ridiculizando en caricaturas muy recargadas á sus enemigos y dirigiendo él mismo las representaciones hasta dar la señal del aplauso á los apercibidos alabarderos ó *claqueurs*; dar lecciones de navegar á los marinos y lecciones de combatir á los generales en frecuentísimas conferencias; predicar sermones á manera de viejo pastor luterano ante la tripulación de los barcos en que navega por el Océano glacial todos los estíos; coger margaritas salvajes en las ruinas de Roma y depositar un ramo trenzado por él mismo al pie de la reina de Italia; concebir, é ignora si trazará también, cuadros simbólicos del peligro que la civilización corre si los amarillos del Oriente se alzan á mayores ó se endiosan; recorrer desde los problemas prácticos de la Economía más casera y vulgar hasta los problemas metafísicos de la Religión y de la Estética más altas.

Ahora corre á Tierra Santa; y hace bien. Todos los cristianos debíamos acudir una vez en la vida por lo menos al sagrado lugar donde brotó la idea de nuestro Dios y pasó el misterio de nuestra redención. Sin visitar á Córdoba no podéis comprender la grandeza de los califas; sin visitar á Roma no podéis comprender la unidad de los romanos y su imperio sobre nuestro planeta; sin visitar á Grecia no podéis comprender las armonías de sus líneas y la perfección de sus modelos. ¿Cuál secreto habrá en Jerusalén para que sus rugosas tierras, áridas y secas como la piel de un penitente asceta en el desierto, hayan evaporado y despedido de sus poros como un fluido misterioso la idea de Dios? Así como el alma individual nuestra mucho se conforma con el cuerpo donde reside, las ideas mucho se parecen á los espacios donde brotan. Las tres religiones monoteístas han brotado en la uniformidad del desierto. A la unidad absoluta de aquel territorio en lo real debía corresponder la unidad de Dios en lo ideal, como bajo las selvas indias henchidas de savia debía brotar el Pantefismo; bajo los cielos calientes y

luminosos de Caldea, el Sabeísmo; entre las islas doria y jónicas, los dioses de la individualidad humana, los dioses personales del Olimpo con las musas canoras del Parnaso. Hace bien, repito, el emperador alemán yendo á Jerusalén. Por el camino ha encontrado Venecia hoy; encontrará Constantinopla mañana. Evoquemos estas ciudades á ver si damos con el espíritu y el secreto de la peregrinación.

El mundo antiguo no conoció, el mundo moderno á su vez no conocerá ciudad de tan extraña, pero tan llamativa poesía, como la singularísima Venecia. Cuando descendéis hacia sus cercanías y os sumergís en sus lagunas, imagináis hallaros en otro planeta de condiciones diversas á las condiciones de nuestra tierra, cubierto por el Océano, y obligando á sus habitantes, imposibilitados de poner el pie en el suelo firme, á erigir sus habitaciones, como esas aves cantadas por la poesía antigua que depositaban sus nidos en las ondas, á erigir sus habitaciones, decía, en medio de las aguas. Las lagunas, extendidas entre el verde claro de la tierras que riegan tantas corrientes como fluyen de los Alpes y el azul obscuro del mar Adriático, brillan al sol, según la profundidad de sus aguas y la materia de su fondo, como si fueran una substancia preparada para producir ópalos y perlas. La entonación general es celeste tirando á blanca; pero el reflejo de los rayos del sol que fingen allí legiones de estrellas escapadas de las grutas marinas; las sombras de las algas que dan toques oscuros y sombríos; los arboles de tal hora del día ó de tal cambio del viento que proyectan por todos lados reflejos de púrpura, de rosa, de laca á un mismo tiempo como mezclados en mágica paleta; las franjas de espuma que, á guisa de encajes, bordan los límites de tal isla ó señalan las tortuosidades de tal corriente; las estrellas dibujadas así por las quillas de las barcas como por los movimientos de los peces; las escamas relumbrantes bajo la clara linfa; los bosques marinos, con sus ramas verdi-negras en los abismos; las combinaciones fosfóricas y hasta eléctricas que, si no lucen al resplandor divino, modifican las sensibles aguas con algún extrañísimo destello; las conchas pintadas resaltando sobre los bancos de áureas arenas y sobre las líneas de mármoles diques; todos estos espectáculos dan matices tales al inmenso espejo, que no sabéis si admirar su celestial uniformidad ó sus múltiples cambiantes, más bellos que los iris de los cristales venecianos ó los ramajes de las pérsicas alfombras; pues nada hay tan rico en deslumbradores espejismos como los juegos del aire, de la luz y de las aguas de la inmensa extensión del mar ó en la limitada extensión del lago, semejantes uno y otro á pedazos del cielo desprendidos sobre la tierra. De Venecia pasa el emperador á Constantinopla.

¿Quién no admira Constantinopla? Los aires que respira tienen todos los colores y todos los matices del iris; las tierras donde se levanta, todos los destellos del éter. Sus iglesias se han convertido en mezquitas; sus monasterios en colegios de los softas, y su Basílica con bóveda de estrellas, que descansa sobre columnas celestes y blancas, rojas y verdes, amarillas y negras, algunas parecidas á la piel del tigre, todas cruzadas de mil varios adornos, su Basílica es hoy el verdadero templo de Alah. Altares tenía allí Azrael, ó sea el Ángel de la muerte; altares Juan, ó sea el profeta del Verbo. Mas ningún lugar sagrado comparable á Santa Sofía. Obra fué de cristianos. Para construirlo vinieron arquitectos de la Arabia, astrólogos de la India, tallistas de la Persia; y un viejo, vestido de verde, cuyo rostro brillaba con luz misteriosa é increada, entregó á los nazarenos su plano. Cinco mil albañiles, asistidos por diez mil peones y mandados por cien arquitectos, trabajaron asiduamente en esta obra soberbia. Pero un día faltó dinero, y el emperador Justiniano se lo contó á Dios. El Eterno le señaló el sitio misterioso donde se encontraban encerrados siete vasos gigantes, todos repletos de monedas. En trono de plata se levantó la efigie de Cristo, tallada en oro; á sus dos lados doce estatuas gigantescas, de plata también, representaban á los doce apóstoles; al pie de las doce estatuas, en misales de materias preciosas, doce evangelios magníficamente encuadernados; seis mil lámparas cuajadas de pedrería bajaban de las altas bóvedas, y cinco mil sacerdotes y monjes se arrodillaban sobre su pavimento, sosteniendo cinco mil cirios que brillaban como las estrellas y olían como el incienso.

Allí, en el Bósforo, los continentes se juntan y se besan como para formar un territorio único en el mundo; los mares se detienen y se angostan como para contemplar y retratar mejor las dos riberas. Sobre las armoniosas playas de corte griego y los cabos parecidos á templos se extiende un cielo de Oriente enaltecido con resplandores indecibles. A un extremo el mar de Mármara, con reflejos de Atenas; y á otro extremo el mar Negro, con misterios del Asia; entre los dos mares el Bósforo, aquella especie de río salado, donde se confunden las riberas asiáticas con las riberas europeas, y donde parecen confundirse también las dos mitades de la tierra, las dos mitades de la historia, las dos mitades del espíritu en mística unidad. Cuántas veces yo he contemplado en evocaciones mágicas el cuerno de oro; las aguas, profundas y transparentes al mismo tiempo; las costas de preciosísimos dibujos; los barcos extendiendo sus velas y los esquifes áureos resaltando entre las ondas verdes; los jardines, cuyas flores se enredan por los mástiles; los alcázares repetidos fantásticamente; las cúpulas doradas sobre las celosías misteriosas; los kioscos, ceñidos de rosas los pies y sombreadas de cipreses las cimas; las tres ciudades que componen como las cadenas de oro cuyos eslabones enlazan los continentes; las colinas cubiertas de bosques tan umbríos y de alminares blancos en primer término, mientras en los segundos y terceros las graderías de cordilleras pintorescas sobre las cuales se alzan en el éter, como un astro plateado, las nieves del Olimpo de Bithynia; magnífico cuadro digno de esmaltar las puertas que conducen á la divina Asia, á esa espléndida cuna de las religiones y de los dioses. Así mientras los hijos del desierto, los soldados que llevan por insignia la media luna de Osmán, pasean como las fieras sobre las ruinas por las calles profanadas de Constantinopla, debiera llevar el emperador á sus mientes los tiempos en que nuestros padres los griegos iban por aquellas sus costas en las naves recién talladas de los árboles seculares, inquiriendo el vellocino de oro y encontrando el oro de la industria y del comercio; las plazas, en cuyos ámbitos las velas de Fenicia, de Persia, de remotas islas, así en dirección del Oriente como en dirección del Ocaso, juntaban las cosechas de todos los climas y el tesoro de todos los trabajos; el día en que los dioses de Roma fueron vencidos, aquellos dioses vencedores de tantos pueblos, sólo por haber elevado Constantino como un templo de la fe verdadera la capitalidad de Constantinopla; las basílicas, testigos de los concilios ecuménicos, asambleas de los doctores cristianos victoriosos, los cuales con la serpiente del paganismo herida á los pies y los últimos reflejos del martirio resplandeciendo en las sienas, definían los nuevos dogmas y daban así al espíritu el alimento de la verdad eterna; la entrada de los cruzados reflejando en sus armaduras el sol, y la actitud de los emperadores griegos bendiciéndolos desde la cima de dominios, entre los cuales se contaban los sepulcros de la antigüedad helénica que parecían vacíos y estaban llenos de inspiraciones y de ideas; las mil fases de aquella vida que animaba la fe en el alma de cien generaciones de poetas y enardecía la sangre en las venas de otras cien generaciones de héroes. ¿Cómo verán los ojos del emperador tan cara prenda en poder de tan implacables enemigos? Las basílicas, henchidas con los cánticos religiosos, elevadas como ciudades místicas por las manos de los ángeles católicos, perfumadas de incienso, vieron pendientes de sus muros los alfanes del exterminio en vez de las reliquias conmemorativas de la caridad y del amor. Las suras de los falsos profetas sucedieron á los salmos de los profetas santos. Las ondas del Eufrates, más amargas que la hiel, rodaron sobre las piedras de la nueva Jerusalén, más santas que los cielos. El muezín profanó con sus gritos las torres de donde subían al Empíreo, acompañadas por el eco de las campanas, las cristianas oraciones, que en su vuelo nos transportaban á la contemplación extática de la Madre del Verbo ceñida de místicas estrellas. Los lugares santos que fueran monasterios, trocáronse en serrallos. ¡Ah! Todo el mundo vió las sacras efigies caídas como soldados después de una batalla; los monjes errantes y encorvándose bajo la pesadumbre de las reliquias salvadas al naufragio; los sabios recogiendo los últimos destellos del alma de Grecia para llevarlos como un arbol de las ideas en su ocaso al lejano Occidente; los santuarios destruidos, los altares rotos, las aras dispersas, las fieras del desierto en los templos y los señores de la tierra perseguidos y acosados en los desiertos. Hay un emperador cristiano en Alemania, y aún hay un califa musulmán en Constantinopla.

Madrid, 15 de octubre de 1898.



EL PADRE LUIS COLOMA

El padre Coloma es jesuita; ni en las dulces regiones del arte abandona la sotana y el ceñidor; escribe predicando, y en el prólogo de su más famoso libro apunta sencillamente: «Aunque novelista parezca, soy misionero.» No produce para dar gusto a la imaginación: colabora desde su terreno especial, en la fecunda labor del púlpito y del confesonario.

La novela *Pequeñeces...* produjo entusiasmo en unos, en otros indignación, y asombro general. Amigos y contrarios la recibieron con apasionada violencia; en el choque de odios y alabanzas crecía como espuma la fama del autor, y llenaban el espacio los ecos de su nombre mil veces repetido.

Fué una conquista por sorpresa: justo es consignarlo así; pero la sorpresa no se fundaba en los manejos del artífice, sino en las desatenciones del público.

**

Siete años antes que *Pequeñeces...* habían salido a luz las primeras *Lecturas Recreativas*, las cuales, de las páginas de *El Mensajero*, pasaron a formar un volumen aparte (1884). Si la cubierta encarnada, luciendo un emblema del Corazón de Jesús, no atrajo a los críticos ni a los indiferentes, culpense unos y otros, pues el autor puso en sus creaciones arte de sobra para evitar el desprecio.

Nuevos libros de la misma procedencia no recibieron mayor agasajo; y mientras los clarines y atabales de la crítica pregonaban obras de Tolstoi, Goncourt y Daudet, apareció *La Gorriona*, sin que nadie acudiese a entonar alabanzas, ni tampoco, y es lo menos que debían hacer, a inscribir el nombre nuevo en los registros bibliográficos.

Del natural, *Juan Miseria*, *Cuentos para niños*, *Por un piojo* y la nueva edición de *Lecturas*, conteniendo veinte novelas de todo punto admirables, era labor suficiente para que no se le regateara más al padre Coloma el título de «novelista», justamente ganado. *El Mensajero* publicaba durante un año *Pequeñeces...* en la «Sección Recreativa», sin que ninguno de sus cuarenta mil suscriptores diese la voz de alarma ni lanzase un grito entusiástico. Sólo cuando apareció la obra, impresa en dos volúmenes, desencadenóse la tempestad.

Acaso le ayudó al novelista el hábito que viste, pero también fué causa de recelos injustos.

Yo, sinceramente lo declaro, conocía las primeras *Lecturas*; al publicarse *Del natural*, escribí algo en alabanza del nuevo libro y de su autor, cuando la crítica poderosa no había pronunciado aún su nombre; y sin embargo, en presencia de *Pequeñeces...*, de aquel inesperado éxito, de aquel inconcebible tumulto, mi espíritu se replegaba en estudio minucioso, con más deseo de hallar descuidos y errores, que grandeza y artísticos aciertos.

Como yo, hicieron muchos, y así no se puede juzgar. Hubo, sin duda, en aquel delirio, en aquel terrible alboroto sin ejemplo, algo de monstruoso que no responde a las tradiciones del arte; pero los partidarios de la templanza y de la justicia pueden aplicar a *La Gorriona* cuanto juzguen excesivo en el éxito de *Pequeñeces...*, y por muchos aplausos que a ésta sobrasen, dudo que sean tantos como aquélla merecía.

Cuanto pecaban hasta entonces de silenciosos, dieron de pronto en el vicio contrario, y se desbordó la crítica, llenando muchas columnas en periódicos

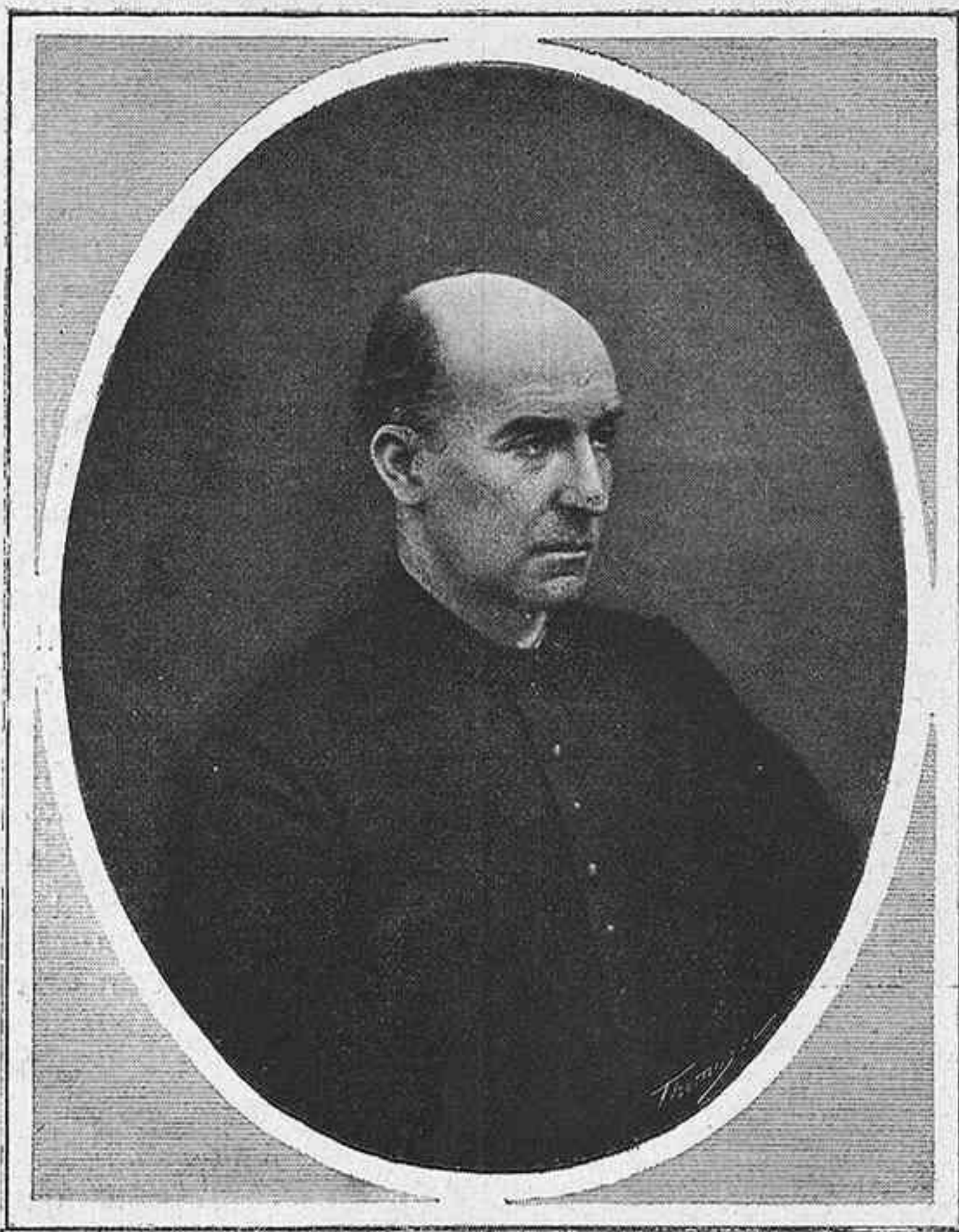
de varias medidas y de todos matices, cubriendo los mostradores de librería con folletos para todos los gustos.

(*Currita Albornoz al padre Coloma*, por J. Valera; *El padre Luis Coloma*, por E. Pardo Bazán; *El padre Coloma y la aristocracia*, por E. Bobadilla; *Las Pequeñeces del padre Coloma*, por Luis Paris; *Un libro funesto*, por M. M. Barrionuevo; *Caricias de un lego*, por N. N.)

**

Y con el ansia de morder vino el ardor de curiosar. «¿De dónde salía el padre Coloma? ¿Quién era? ¿Qué hizo en el mundo?»

Aparecieron muchas y variadas noticias. No pocos



EL PADRE LUIS COLOMA

le colgaban las desventuras de Juanito Velarde. Los que le habían conocido en su mocedad, referían detalles distintos, aunque también directamente relacionados con el asunto y los principales capítulos de *Pequeñeces...*

Pero toda la chismografía biográfica no deja un solo dato de interés; nada que señale una divisoria profunda entre pasado y presente; nada que destruyera un carácter para fundir una vida nueva.

En vano se busca el drama, la transición, la soldadura en el personaje que, mostrándose correcto y católico mientras era hombre de mundo, aparece hombre de mundo cuando es jesuita.

Ya sé que resulta más «interesante» descubrir bajo los hábitos de un fraile austero un pasado borrascoso. Pero si no lo hay, ¿hemos de inventarlo?

Y en la vida honrada y modesta del padre Coloma no puede haber duros contrastes. ¿Llegó a la Compañía de Jesús para dar un reposo a su espíritu fatigado por incesantes luchas, ó por el contrario, ansioso de pelear, buscaba en el nuevo refugio nuevas y poderosas armas? Sea como fuere, ni su inteligencia ni su corazón tuvieron que torcer su rumbo al mudar estado.

Pruébalo conservando sus aficiones y su carácter vehemente y sencillo, su conversación sazónada con sales y gallardías andaluzas; pruébalo con esa obra de su juventud, *Juan Miseria*, que figura entre las obras del jesuita. Sólo va del mozo aristocrático y bullicioso al fraile reverendísimo, la diferencia que

imponen forzosamente los años; y aun me atrevo a suponer que permaneciendo en el mundo alegre donde se formó, el espíritu del padre Coloma se conservaría menos lozano, menos vivo, menos joven, porque no marchitan la sotana y la celda tanto como la podredumbre social con su roce constante.

**

Después de *Pequeñeces...* el padre Coloma comenzó a escribir un estudio histórico, *Retratos de antaño*, y esto hizo suponer a los murmuradores «que le habían prohibido escribir novelas.» Pero como la nueva obra (interesantísima y bien documentada por cierto, al estilo de la de Goncourt acerca del siglo XVIII) quedó sin terminar, volvieron los murmuradores a entrever motivos que no existían.

Luego comenzó a publicar *El Mensajero* la novela *Boy*, causando asombro y atrayendo millares de suscriptores.

Boy aparecía lentamente; publicábanse cada mes cortos fragmentos, cinco, seis páginas a lo sumo; la curiosidad se convertía en hambre rabiosa con esas raciones insignificantes; y al fin quedó suspendida la novela *Boy* como *Retratos de antaño*.

La murmuración llegó a su colmo. «Decididamente» le habían ordenado al padre Coloma que no escribiera más; «no acertaba con el gusto de sus censores.» «Por eso» le trasladaron a Madrid, «separándole» de la revista que prosperó antes a la sombra de su nombre. *Pequeñeces...* le cortaba el camino; «después de aquel paso gigante le imponían la quietud y el silencio.»

¡Habladurías!

El padre Coloma no volvió a escribir porque le faltaban fuerzas; Bilbao había consumido su vitalidad. Una labor penosa y constante de muchos años en aquel ambiente húmedo y sombrío, bajo aquel cielo melancólico y gris, era de sobra para marchitar la salud y empobrecer la sangre del animoso jerezano.

Hirióle terrible neurastenia, y fué preciso que huyese de la brisa del mar y de las preocupaciones de su trabajo incesante.

Por fortuna, el ambiente seco y el horizonte azul de Madrid le repusieron algo, y los frutos de la tierra castellana devuelven poco a poco a la sangre su riqueza perdida.

**

Ya está salvado, pero no dispuesto aún para penosa lucha. En su rostro se descubren rojizas huellas de la enfermedad cobarde que le aprisionaba, robándole lucidas y potentes creaciones.

Ya revive su imaginación, ya produce y alienta. Un boceto histórico, *Tablas de dueñas*, ha salido recientemente de su pluma vibrante; además reconstruye la vida, falseada por los poetas, de *María Estuardo*, y piensa escribir con materiales recogidos anteriormente algún estudio curioso y veraz del siglo XVIII.

No se siente con fuerzas para proseguir ahora *Retratos de antaño*, y está dedidido a terminar cuanto antes la novela *Boy*.

Noticia de buen origen que pueden comentar a sus anchas los «parladores.»

Y si les parece poco, den pábulo a esta otra de mi pobre inventiva:

«Los académicos de la lengua se acordaron ya del insigne siervo de Jesús para ofrecerle un sillón vacante; y una casa editorial de Cataluña reimprime, ilustrándola con preciosos dibujos (edición monumental, a todo coste), la incomparable novelita *La Gorriona*.»

Tengo esperanza de acertar.

LUIS RUIZ Y CONTRERAS

TEATRO ÍNTIMO

REPRESENTACIÓN AL AIRE LIBRE DE «IFIGENIA EN TAURIDA»

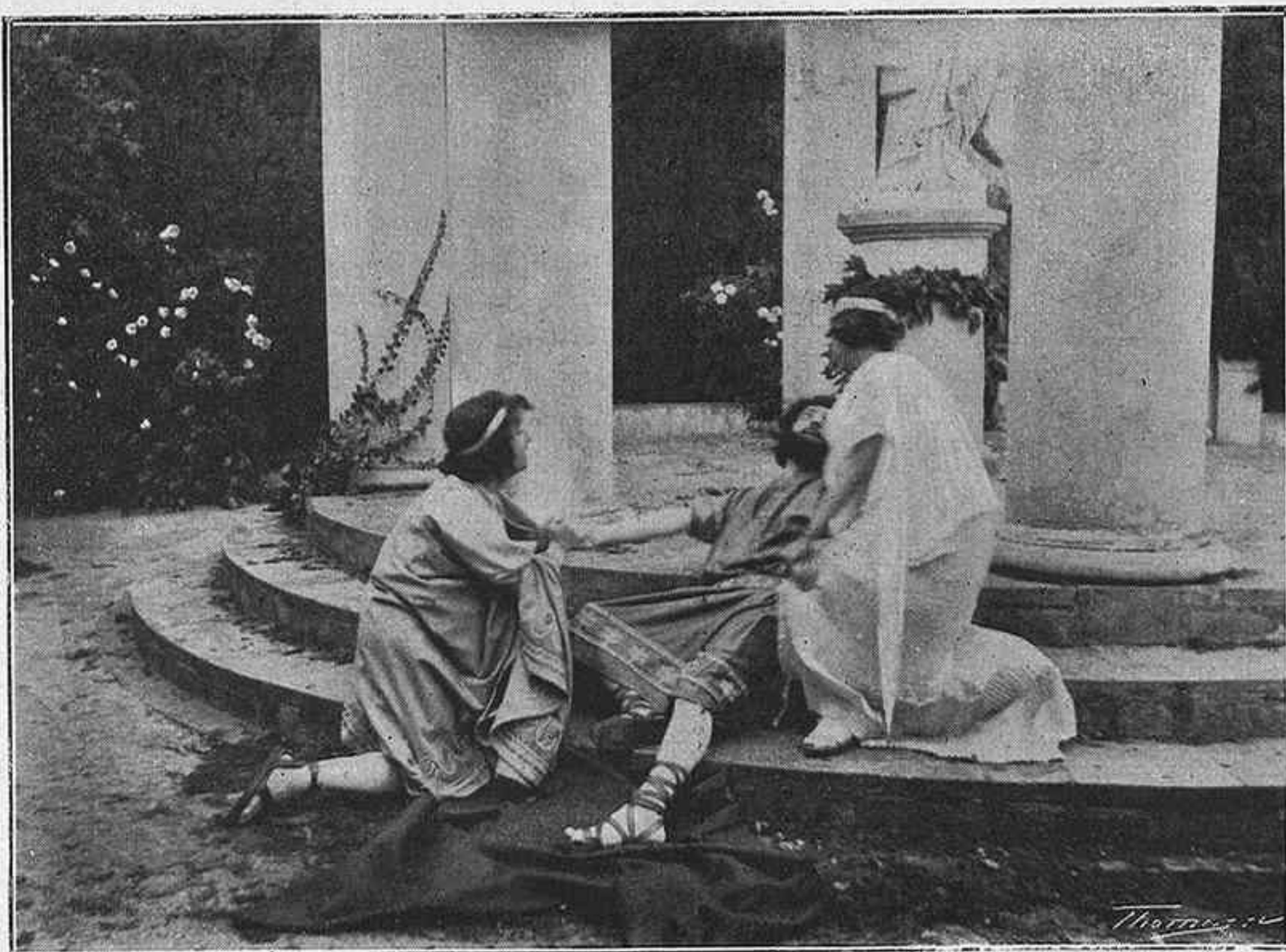
Existe en Barcelona desde hace algún tiempo una agrupación denominada *Teatro íntimo* y formada por algunos jóvenes, hombres de carrera en su mayoría y entusiastas todos de la literatura y del arte en sus más nobles manifestaciones. Dirige esta agrupación y es, por decirlo así, el alma de la misma D. Adrián Gual, quien ha logrado en plazo relativamente corto y merced á grandes esfuerzos y á una constancia á prueba de contrariedades, que el *Teatro íntimo*, apenas nacido, diera muestras de vida robusta, segura prenda de larga y próspera existencia.

Gual siente verdadera pasión por la empresa con tanto ardimiento acometida y bajo tan excelentes auspicios comenzada, y en él revisten los caracteres de obsesiones el deseo de que en la dirección escénica presida el mayor acierto y la aspiración á que del teatro desaparezcan las rutinas que, en su sentir, lo bastardean, y reinen en él toda la sinceridad y la verdad compatibles con el convencionalismo que, en mayor ó menor grado, han de revestir forzosamente las representaciones teatrales.

De aquí que para la realización de sus planes busque con preferencia los elementos no profesionales y sólo acepte los actores de profesión cuando éstos se dejan guiar y conducir por un camino diametralmente opuesto al que les haya valido los más ruidosos triunfos en su carrera artística. De aquí también que él solo atienda á todo y cuide así de lo principal como de lo accesorio, desde el traje hasta la dirección de escena,



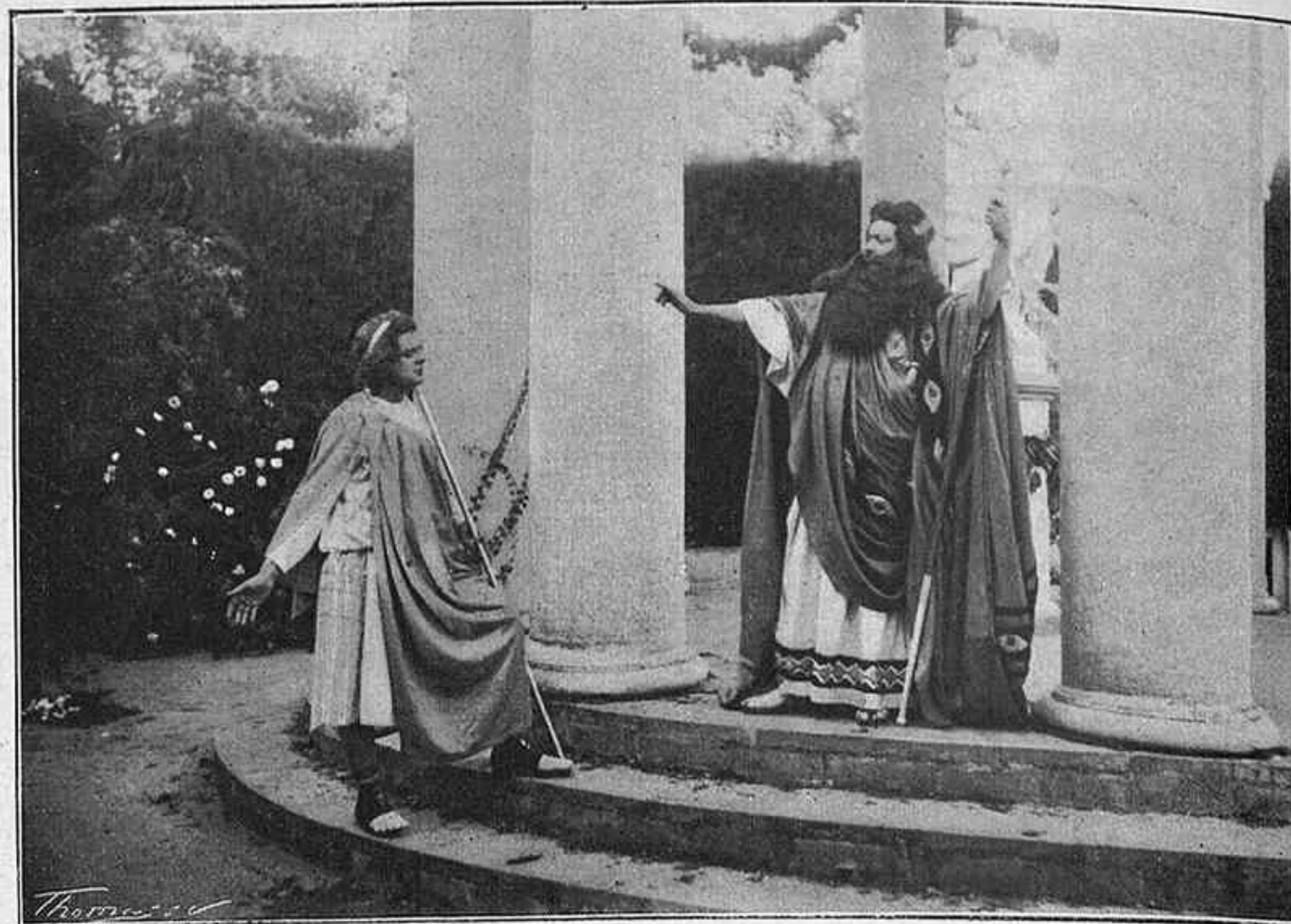
Sello de la agrupación
«Teatro íntimo»



TEATRO ÍNTIMO. — Representación de *Ifigenia en Taurida* en los jardines del Laberinto. — Píldes (Sr. Gual), Orestes (Sr. Pujol) é Ifigenia (Srta. Domus) (de fotografía hecha expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA).

auxiliado en su tarea por artistas y literatos que como él piensan y sienten.

Hemos dicho que el *Teatro íntimo* apenas nacido dió muestras de vida robusta: en efecto, las dos representaciones del drama *Silenci*, obra del propio señor Gual, dadas á principios de este año en el teatro Lírico, tuvieron éxito completo y permitieron concebir las mayores esperanzas respecto del proyecto hacía tiempo por aquél acariciado de representar al aire libre la *Ifigenia en Taurida*, de Goethe. Para llevarlo á cabo necesitaba, sin embargo, encontrar sitio á propósito, un escenario natural en donde pudiera tener adecuado desarrollo la acción de la obra y en donde pudieran moverse en plena naturaleza los personajes de la hermosa tragedia del inmortal poeta de Weimar. El señor marqués de Alfarrás, á cuyo concurso nadie ha apelado en vano cuando se ha tratado de la ejecución de un pensamiento noble y levantado, allanó esta que hubiera podido ser grave dificultad, cediendo los magníficos jardines de su posesión conocida



TEATRO ÍNTIMO. — Representación de *Ifigenia en Taurida* en los jardines del Laberinto. — Arkas (Sr. Vilaregut) y el rey Thoas (Sr. Jiménez) (de fotografía hecha expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA).

con el nombre de *Laberinto*, admirablemente situada en los alrededores de nuestra capital.

Allí, junto á un templete griego, en medio de frondosos árboles, bajo un cielo esplendente de luz y de color y ante un público tan escogido como inteligente, verificóse la representación de *Ifigenia en Taurida* en la tarde del día 10 de los corrientes: cuanto se diga acerca del admirable efecto que aquella representación produjo ha de resultar pálido comparado con la impresión real de aquel espectáculo sin precedentes en los anales del arte escénico moderno en España. Todo contribuyó á que esta impresión fuera extraordinaria: el medio en que la acción se desenvolvía, las bellezas incomparables de la obra que se representaba, los primores de la versión catalana de la tragedia, la propiedad y el gusto de los trajes que vestían los actores y el arte con que éstos supieron encarnar los personajes á su interpretación confiados.

La traducción, hecha en verso libre por el distinguido literato y laureado poeta D. Juan Maragall, constituye un trabajo precioso, digno de las mayores alabanzas: el traductor, sin apartarse un ápice del original, ha sabido de tal modo asimilar los pensamientos del autor, que al darles nueva forma los presenta con toda la espontaneidad de los propios pensamientos. El lenguaje mantienesolemne siempre sin llegar á la afectación, y los versos suenan al oído armoniosos y fáciles, sirviendo de bellísimo ropaje á los elevados conceptos de la obra de Goethe.

La indumentaria nada dejó que desear: aquellos trajes, copia exacta de los modelos que el arte griego ha perpetuado en sus estatuas y monumentos, no presentaban ni un punto vulnerable á la crítica de los más exigentes, y por su elegancia, por la suavidad y armonía de sus colores y por la propiedad de sus detalles formaban un conjunto encantador. El color azul verdoso pálido del manto de Píldes, con orla de postas muy apropiada, la tinta violácea de la túnica de Orestes, con orla de palmetas, constituían un verdadero embeleso para la vista y contribuían á embellecer aquella sinfonía de finísimas tintas con que se recrearon durante toda la tarde los ojos de los espectadores. La túnica de blanco purísimo de la sacerdotisa de Diana, plegada á la manera griega, formaba igualmente una nota ideal en medio de aquel concierto de colores, por los delicados cambiantes que tomaba á medida que cambiaban los rayos solares.

La interpretación de la obra fué por todo extremo acertada: la actriz seño-



TEATRO ÍNTIMO. — Representación de *Ifigenia en Taurida* en los jardines del Laberinto. — El rey Thoas, Arkas, Píldes, Ifigenia y Orestes (de fotografía hecha expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA)

rita Domus, el actor Sr. Jiménez y los aficionados señores Gual, Pujol y Vilaregut, encargados respectivamente de los papeles de *Ifigenia*, *Thoas*, *Píldes*, *Orestes* y *Arkas*, supieron, así en su declamación como en su mímica, mantenerse igualmente lejos de la llaneza impropia de la tragedia y del énfasis y afectación opuestos á la verdad.

Gracias al concurso de tan valiosos elementos la fiesta resultó por demás agradable é interesante, mereciendo bajo todos conceptos entusiastas plácemes cuantos á ella contribuyeron y en especial sus organizadores, el citado Sr. Gual y el reputado dibujante don Miguel Utrillo. A los aplausos con que fueron premiados sus trabajos unimos los nuestros, deseando que el *Teatro íntimo* obtenga todo el éxito que merece una agrupación que tiene por lema el verdadero concepto del arte: *imagen de la vida humana*. — A.



LA ORACIÓN VESPERTINA, cuadro de Theo Grust



EL ROSARIO DE LA AURORA, dibujo de S. Azpiazu

LOS ROSARIOS EN ANDALUCÍA

Con tal nombre son conocidas por esta tierra de María Santísima unas asociaciones religiosas ó hermandades, que tienen por principal objeto salir por las calles en forma procesional rezando el rosario y entonando coplas alusivas á esta devoción.

Lo mismo en las capitales que en los pueblos se ha conservado esta costumbre, si bien al presente muy debilitada, desde la Gloriosa Septembrina.

En los días en que imperó aquella señora, ya se hubiesen guardado muy bien de reunirse algunos cuantos hombres para rezar y salir por esas calles con sus faroles y estandartes.

Tan grandes desacatos á los regeneradores principios de la *salus populi* inferidos, hubiesen demandado enérgica represión, y cierto que no estaban entonces los tiempos para andarse con dibujos de faroles, rezos y coplas.

Vino la calma después de aquellas tempestades, y muchos se convencieron de que importa poco tolerar esas manifestaciones de sentimientos que son respetables, y de que en sanos principios de justicia si se permite á unos que digan *blanco*, hay que consentir á otros que digan *negro*, y en tal virtud restablecióse aquella antigua tradición; y los rosarios, si bien en corto número, han vuelto á salir á la calle por las tardes, de noche y de madrugada.

No hay necesidad de remontarse á los primeros tiempos del cristianismo, por lo menos, para encontrar el origen de esta devoción, como faltó poco para hacerlo así á un escritor contemporáneo.

Por más ó menos antigua no es cosa de romper lanzas; y así mis lectores se contentarán con que les diga que tales como fueron en el siglo pasado y como son al presente, no hay que buscar sus comienzos antes del año de 1690, en el cual y á 17 de junio los cofrades de la Hermandad de Nuestra Señora de la Alegría, sita en la iglesia parroquial de San Bartolomé de esta ciudad, fueron los primeros á quienes se vió recorrer las calles con luces é insignias, cantando alabanzas á la Virgen, y esta devoción propagóse de modo tan rápido y en tan corto tiempo, que no hubo iglesia en Sevilla ni en los pueblos de su provincia en que no radicasen Hermandades del Rosario.

En 1726 por Breve de Benedicto XIII concedió á la Orden de Predicadores que el primer domingo de octubre de cada año en que se celebran los Misterios del Santo Rosario, pudiesen salir procesionalmente, cantándolo por las calles sin licencia del ordinario eclesiástico y sin la cruz parroquial que concurre en todas las demás procesiones.

Tal concesión fué objeto de reparos por parte del Fiscal de la jurisdicción eclesiástica, que se opuso á ella. Acudióse á la Audiencia; mientras tanto acercábase el día señalado, los frailes trataron de sacar la procesión, el arzobispo negó su licencia, acudieron aquéllos al Nuncio, que sin tardanza favoreció sus derechos, y el domingo 20 de octubre del referido año salió el rosario, si bien con la protesta más silenciosa y enérgica por parte del prelado, que dispuso no tomar parte en el regocijo de los padres predicadores, por lo cual la iglesia de la Magdalena ni dió al vuelo sus campanas, ni siquiera abrió sus puertas, como si tal procesión fuese de luteranos ó moriscos.

Tales inocentes desahogos contentaban á nuestros abuelos, que solían pleitear años y años por cualquier fútil cuestión de ceremonias; por el uso de un cojín ó de un asiento, por una cortesía más ó menos acentuada; llegando hasta producir cuestiones de orden público por sostener derechos que no valían un ardite.

Reanudando mi relato, diré que todavía en el primer tercio del siglo XVIII había algunos rosarios que no sacaban insignias; mas no tardó mucho tiempo sin que todos llevasen la cruz en primer término, y después de los últimos cofrades, el característico estandarte á que decimos *sin pecado*, que es de forma

rectangular, con dos farpas en su mitad inferior y el cual pende de una vara atravesada horizontalmente en la parte superior del asta. En el centro de esta tela va bordada la imagen de la Virgen de que toma su nombre la cofradía, pintada sobre lienzo y ricamente adornada de costosas rocallas de oro.

En cuanto á los faroles que llevan los piadosos hermanos, puede afirmarse que son verdaderas obras artísticas de hojalatería; pues los hay que rematan en lindas coronas caladas, en jarrillas con lirios y azucenas, cuyos adornos asientan sobre una cubierta, á modo de cupulino, en la cual lucen los primores de los repujados. Componen sus cuatro frentes intrincadas combinaciones de cristales, sujetos por finas labores de hojalata, y toda esta voluminosa pieza hállase enastada en grueso palo, revestido de labreados cañones de aquel mismo

metal. Otros faroles tienen la forma de estrellas de doce puntas, y finalmente citaré los llamados de mano, porque cogidos por sus correspondientes asas, son transportados por cuatro cofrades, dos que van á la cabecera del rosario y otros dos junto al que lleva el estandarte.

Finalmente, la comitiva religiosa complétase por dos hermanos que con sendas linternas demandan limosnas á los transeúntes.

En cada una de las veinticinco parroquias de esta ciudad existía una hermandad; en muchas de las ermitas y santuarios también, y cuando en 1735 salió el primer rosario de mujeres, no tardó mucho, según acredita la Guía de forasteros de Sevilla de 1758, sin que su número se elevase á veinticuatro, que con los de hombres que en dicho año existían, suman la considerable cifra de ciento veintiocho.

Pero no quedaron en este número, pues también en 1735 había sido instituída otra hermandad por unos niños, que salían de madrugada acompañados de fervoroso público.

Comenzaban ya á dejarse sentir por la península los viente-cillos enciclopedistas que habían de sufrir aquellas devociones; pero todavía menestrales y chisperos, graves magistrados y veteranos militares acudían por las noches ó por las madrugadas á hacer la estación acostumbrada con sus respectivas hermandades, lo mismo en verano que en invierno, y sería ciertamente curioso espectáculo presenciar, al romper del alba, á nuestros abuelos, que defendidas las cabezas con sus gorros de lana puntiagudos, con sus capas de grana, que sólo dejaban ver la mitad inferior de las pantorrillas y los cómodos zapatos de paño con sus enormes y relucientes hebillas de acero, desafiaban el frío de la aurora para tomar puesto en la comitiva que comenzaba á formarse al pie de la monumental Giralda.

Una vez aquella organizada, poníase en marcha al acompasado y monótono rezo del santo rosario, que de vez en cuando interrumpíase por las coplas de los campanilleros.

Eran éstos dos ó tres cofrades que tañendo sendas campanillas anunciaban el paso de la comitiva á los que tranquilamente dormían, ó avisaban la presencia de la misma en las casas donde había algún enfermo para que los deudos del doliente aprovecharan la ocasión de encomendar su restablecimiento á la Santísima Virgen.

Terminada su estación, regresaban todos á la iglesia ó santuario, y allí devotamente oían misa cuando los primeros rayos del sol comenzaban á reverberar en los chapiteles y cúpulas de las torres.

El campanillero antiguo es un tipo que se ha perdido ya en las capitales.

Sólo existe al presente en algunos pueblos de Andalucía, en los



UN HERMANO, dibujo de S. Azpiazu

cuales se conservan, acompañados de un tañedor de guitarra, con cuya extraña música de campanillas y guitarra entonan las coplas de «la Aurora.»

Su principal misión era la de avisar á los cofrades el cumplimiento de sus obligaciones religiosas, y así ellos cruzaban á media noche la ciudad despertando con sus coplas y campanilleo á los perezosos.

Dicho se está que no faltaría algún compadre tabernero que, condolido de las asperezas y fatigas del hermano, brindaría con un buen *chato* de lo añejo al amor de la lumbre, en las noches de diciembre, cuando ellos solamente y los demandantes del Pecado mortal, con algún que otro galán enamorado, serían los únicos seres vivientes que cruzaban las desiertas calles.

Dábase el caso también que el campanillero, bien hallado al calor de sus colchones y mantas, faltaba alguna noche á su obligación, y entonces, á la siguiente, despertaban sus compañeros con este ó con análogo trovo:

El hermano Felipe el Batato,
Campanillero de aquesta hermandad,
Lo llamaron para ir al rosario,
Dice que está malo, que no puede andar.
Lo llamaron para beber vino,
Dice que está bueno, que al momento va.

Cuando la copla no iba, como la anterior, encaminada á señalar una falta ó procurar su enmienda, generalmente su autor dedicábala á la devoción del rosario, y aquellas gentes daban gallardas muestras de su ingenio, inventándola según las circunstancias lo exigían.

La piedad y el gracejo uníanse estrechamente en cuatro versillos, y ya que no citemos muchos ejemplos, véase á lo menos este que puede muy bien servir de muestra:

Un devoto, por ir al rosario,
Por una ventana se quiso tirar,
Y le dijo la Virgen María:
«Detente, devoto, por la puerta sal.»

Seguramente, lector amigo, que más de una vez, cuando has tratado de expresar en pocas palabras el resultado de alguna borrasca parlamentaria, de alguna enconada polémica, has dicho: «En fin, que concluyó el asunto como el rosario de la aurora, á farolazos.»

¿De dónde, en qué ocasión y por qué causa nació la frasecilla de todos tan conocida? Lo ignoro y no puedo complacer tu curiosidad puntualizando el hecho, el día y la hora; pero si tenemos en cuenta las costumbres de antaño, no es difícil encontrar su origen.

Túvolo seguramente al tropezarse cierta noche en alguna estrecha y tortuosa callejuela dos hermandades; y con motivo de hacer valer cada una su derecho

experimenta indudablemente una impresión que no se borrará fácilmente de su memoria. Los negros contornos de los cofrades con sus largas capas, el movimiento incesante de las lucecillas de los faroles, el monótono rumor de las preces ó el cadencioso ritmo de la Salve, el acompasado son de las campanillas que marcan el cambio de los rezos, el rumor de las pisadas perdiéndose como los resplandores de las luces y los bultos de los devotos á lo largo de las calles, producen el efecto de creernos transportados á aquella época de fantásticas leyendas y de históricas tradiciones, que hicieron de nuestra patria manantial inagotable de inspiración para las letras y para el arte.

Sevilla. 1898.

J. GESTOSO Y PÉREZ



LAS COPLAS, dibujo de S. Azpiazu

de antigüedad y obligar la de más remoto abolengo á la más moderna para que le cediese el paso, derechos que sustentaban las cofradías y hermandades con tal ahinco, que aun hoy mismo con las de Semana Santa acontece que sus representantes acuden ante la autoridad eclesiástica días antes del Domingo de Ramos, para que en vista de sus antiguas tradiciones, se fijen los días y horas en que han de hacer estación.

Si tan celosas fueron las antiguas hermandades de sus derechos, y si al fin y al cabo los cofrades del Rosario no por ser tales perdían sus naturales bríos, ¿qué extraño que al encontrarse frente á frente de los que se los disputaban los defendiesen á farolazo limpio?

No se olvide que en una ciudad en que llegaron los rosarios de hombres al número de ciento cuatro, serían muy frecuentes tales encuentros, y en su virtud y conocido el espíritu religioso de la época, es fácil suponer que viniesen á las manos los cofrades de uno y otro rosario por sostener sus fueros y privilegios.

A este propósito escribía mi malogrado amigo Benito Mas y Prat: «No era este el único origen de los proverbiales farolazos: la mayor ó menor habilidad de los respectivos campanilleros, la facultad milagrosa de cada cual de las imágenes y la religiosidad comparada de los hermanos mayores, solían ser motivo de pendencia individual y colectiva. En nuestras hermandades y cofradías suele disputarse el paso acaloradamente; creen á sus respectivas *abogadas* superiores á las de los cofrades de otra advocación, y son capaces de luchar cuerpo á cuerpo por defender su superioridad jerárquica.»

El que por vez primera se ve sorprendido en medio del silencio de la noche y al desembocar en una medrosa callejuela por la comitiva de un rosario,



Arrabal de Chioggia, cuadro de José Carozzi (Exposición Nacional de Turín de 1898)



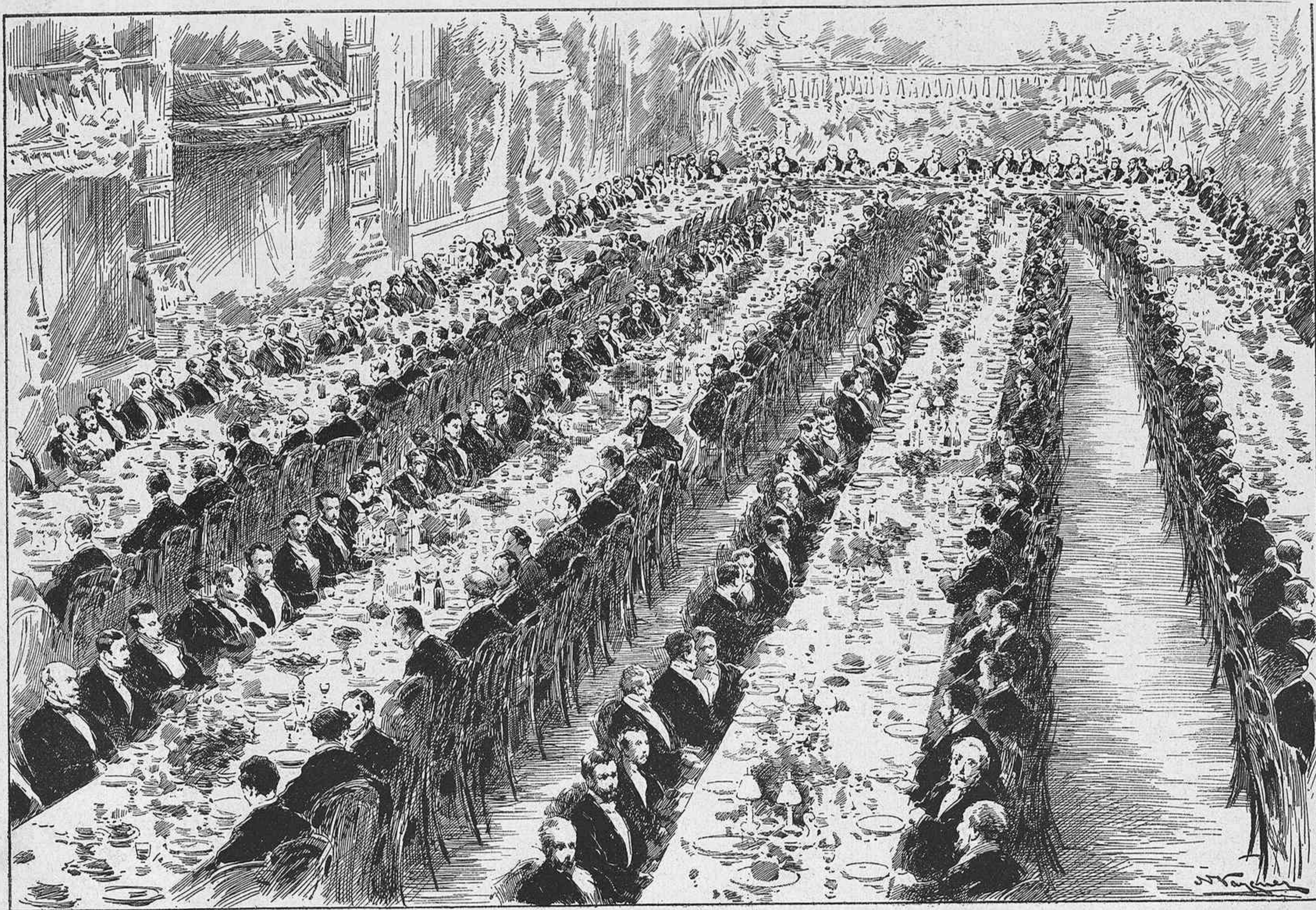
«TODO POR LA PATRIA,» EPISODIO DE LA GUERRA ALEMANA DE 1813, CUADRO DE ARTURO KAMPF, propiedad de la Asociación de Artes Históricas de Berlín

NUESTROS GRABADOS

República Argentina. — Buenos Aires. — Banquete dedicado al teniente general D. Julio A. Roca, electo presidente de la República, por el comercio y alta banca; efectuado en el teatro

rar á nuestro oído las dulces notas con que el pueblo expresa sus sentimientos, canta sus amores, exhala sus penas y entona sus alegrías. Completa el efecto del cuadro el fondo sobre el cual se destacan las dos figuras con sus dos columnas, su grupo de árboles y el azul del cielo que en último término se extiende formando admirable perspectiva.

inminente ruina. Pero cuando los de arriba desesperaban de que Alemania pudiera salvar tan tremenda crisis, empezó á brotar en el pueblo la chispa que había de producir la guerra de 1813, la épica lucha de la independencia: regresaban de Rusia los destrozados restos del ejército que acompañara á Napoleón en su desastrosa campaña, y al contemplar el estado



REPÚBLICA ARGENTINA. — Banquete ofrecido por el comercio y la alta banca de Buenos Aires al teniente general D. Julio A. Roca, electo presidente de la República, y celebrado en el teatro de La Opera en la noche del 25 de agosto último (dibujo de una fotografía sacada exclusivamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por D. Bernardo González y remitida por nuestro corresponsal D. Justo Solsona).

de «La Ópera» la noche del 25 de agosto. — La platea fué puesta á nivel del escenario, formando inmenso salón, donde se colocaron las mesas. Una en forma de colosal herradura y dentro otras dos paralelas. En el fondo se levantó un artístico templete escondido por multitud de grandes plantas, donde estuvo la orquesta. Palcos y galerías adornados con excesivo derroche de flores y ocupados por las más hermosas y distinguidas damas de la sociedad porteña, la mesa regamente puesta, la servidumbre numerosa, la profusa iluminación eléctrica, los acordes de la música, formaban un cuadro de efecto sorprendente en su conjunto y en sus detalles.

La comisión organizadora, constituida por los gerentes de los Bancos y presidentes de las Cámaras de Comercio, alcanzó un éxito completo.

Al destaparse el *champagne* pronunciáronse algunos discursos, entre los cuales el verdaderamente importante, el que se esperaba con afanosa impaciencia, fué el del general Roca. Grandes y chicos, políticos y no políticos, lo creyeron una profesión de fe, un programa de gobierno; pero á decir verdad, en todo el discurso no hay una sola frase que pueda comprometer al futuro presidente de la República Argentina. Únicamente se mostró algo optimista con respecto á la cuestión de límites con Chile, al manifestar la esperanza de que el tal litigio estaría resuelto antes de hacerse cargo del gobierno, que será el 12 de octubre. En cuanto á lo más substancial, dijo que no esperaran de él milagros, y que si antes errores había cometido, procuraría le sirvieran de experiencia, dirigiendo todos sus afanes á una honrada administración para el progreso y felicidad de la patria.

El dibujo que publicamos es reproducción de una instantánea tomada expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por D. Bernardo González. — JUSTO SOLSONA.

El canto, cuadro de H. Kaulbach. — El reputado pintor alemán Kaulbach ha personificado en las dos figuras de este cuadro el canto épico y el canto popular, y en una y otra ha sabido imprimir el verdadero carácter que en cada uno de estos géneros preside. En actitud majestuosa, vestida de oscuros y arcaicos ropajes, empuñando con la diestra la lira y fija la mirada en el espacio, la noble matrona que simboliza el canto épico trae á nuestra mente el recuerdo de los nobles acentos en que se han cantado en todos tiempos las grandes gestas de hombres y pueblos. Envuelta en blanco ropaje que permite adivinar formas bellísimas, suelta al aire la rubia cabellera apenas sujeta por guirnalda de campestres flores, y animado el rostro por expresión suavísima, la hermosa doncella en quien el canto popular se personifica, parece murmu-

La oración vespertina, cuadro de Theo Grust.

— La oración, ese acto religioso por el cual la criatura humana se comunica con su Creador, tiene encantos especiales en boca de los niños. No hay madre que no se complazca en enseñar á sus hijos, en cuanto balbucean las primeras palabras, alguna de esas sencillas plegarias que poco á poco se van grabando en su memoria y en su corazón y que difícilmente se borrarán de una y otro en el transcurso de su existencia. Y estas plegarias, pronunciadas por un ser inocente, en cuya inteligencia apenas desarrollada sólo por gracia divina puede haber penetrado idea tan grande como la idea de la omnipotencia de Dios, llegan al trono del Altísimo unidas á las del ángel que el Todopoderoso pone al lado de cada niño para que le guíe y le ampare y que no cesa de pedir al cielo protección para el infante cuya guarda le ha sido encomendada. Inspirándose en estos conceptos, ha trazado Grust el hermoso cuadro que reproducimos, y al contemplar el delicioso grupo de aquella niña encantadora que con las manos cruzadas y levantados los ojos eleva al cielo su oración vespertina y del ángel que estampa un beso en su rubia cabecita antes de disponerse á velar su sueño, preciso es reconocer que pocas veces ha estado un artista más afortunado en la realización de un pensamiento y más acertado en hallar la forma precisa para presentar ante nuestros ojos la expresión de un sentimiento tan delicado como el que en su obra preside.

Arrabal de Chioggia, cuadro de José Carozzi.

— El pintor milanés José Carozzi nos transporta con su cuadro á la ciudad que con Venecia comparte la supremacía en las lagunas adriáticas y por cuyas marinas, costumbres y tipos siente verdadero amor el notable artista: éste ha conseguido en su lienzo un efecto de noche lleno de dificultades, que ha sabido vencer con una técnica vigorosa y con una gradación de tonos acertadísima, sin que lo obscuro del conjunto perjudique la percepción de los detalles que aparecen envueltos en sombras apenas desvanecidas por los tenues resplandores de unas pocas luces. Carozzi comenzó á exponer sus obras como simple aficionado en la Familia artística de Milán, pero en poco tiempo ha logrado ocupar un puesto elevado en el arte italiano.

Todo por la patria, episodio de la guerra alemana de 1813, cuadro de Arturo Kampf. — Después de las tristes jornadas de Jena y Auerstad, el estado de Federico el Grande parecía condenado á una próxima desaparición: fraccionado el reino, destruídas las ciudades, arrasadas las tierras de labor, aniquilado el ejército, todo indicaba una

en que volvían á su patria, la nación en masa sintióse sacudida por un movimiento de odio y de indignación contra el invasor. El rey dirigió un enérgico y sentido llamamiento á su pueblo, y el pueblo respondió, empuñando las armas jóvenes y viejos, nobles y plebeyos, dispuestos todos á morir por su patria, y los que por su sexo, por su edad, por sus achaques no pudieron aportar su concurso personal llevaron á las cajas del reino cuanto poseían, sus joyas los ricos, su modesto óbolo los pobres, juntándose en aquellas los objetos más heterogéneos, cada uno de los cuales significaba un sacrificio realizado con entusiasmo en aras del patriotismo. Y Alemania salió vencedora en aquella lucha, y de la simiente entonces sembrada ha surgido el poderoso Imperio germánico. ¡Felices los pueblos que ante la desgracia, lejos de abatirse y sucumbir, saben hallar nuevas energías para buscar en sí mismos su pronta regeneración!

¿Hemos de describir, después de lo dicho, el grandioso cuadro de Arturo Kampf? Nos parece innecesario: su descripción está hecha, y la profunda impresión que el lienzo produce es el mejor comentario que puede ponerse á la admirable obra del gran pintor alemán.

Un domingo en la aldea, cuadro de L. Dettmann.

— Pocas palabras hemos de decir en elogio de este cuadro, bellísima página del género ruralista á que con tanta razón se muestran aficionados los artistas que buscan inspiración en la poesía y en la verdad unidas: sencillo en su asunto y en su exposición, no es preciso ahondar mucho para descubrir sus bellezas, que pueden sintetizarse en la sinceridad con que está reproducida la naturaleza y en la delicadeza con que está expresado el ambiente poético que en los campos se respira.

El Guadalquivir en Sevilla. — El Guadaira en Alcalá, cuadros de Manuel García Rodríguez.

— Los oscuros pinares y plateados álamos que se reflejan en las aguas del Guadaira en Alcalá ó las caprichosas construcciones que se retratan en el Guadalquivir, á su paso por Sevilla, sirven con frecuencia al distinguido pintor Sr. García Rodríguez para producir esos hermosos paisajes, de encantadora sencillez, á los que debe la justa fama de que goza. En sus lienzos nótase un empeño noble, cual es el de reproducir las bellezas de la tierra en que nació, siendo siempre trasunto del natural, puesto que el tema de sus cuadros existe en cuanto le rodea, en los severos pinares, en los poéticos verjeles y en las abundosas aguas que prestan frescura y vida á una vegetación hermosa y exuberante.

MENTIRA SUBLIME

NOVELA

ESCRITA EN FRANCÉS POR MAD. M. LESCOT.

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)



— ¡No saldrás de aquí!, gritó. ¡No quiero, no!..

— ¡Qué posma es este hombre!, pensó Leodiceo. Y en voz alta añadió:
— Tío, iba..., iba... En fin, voy á subir á su despacho de usted y á sentarme allí; para hablar es mejor estar sentado.

El Sr. Martín se explicó por fin.

— Querido sobrino, probablemente habrás adivinado el objeto de esta conferencia. Al enviarte tu padre á Bretaña te debe haber dado á conocer su proyecto. Me ha pedido la mano de tu prima para ti. He aplazado mi respuesta, porque no soy un pa-

dre despótico y he querido que mi hija hiciera libremente su elección. Hace tres semanas que estás aquí; tu padre me apremia para que tome una resolución. Por parte de Valeria no hay nada que temer; tú eres bastante buen mozo para trastornar la cabeza á una muchacha, y así ha sucedido. Pero ¿te gusta también Valeria..., la amas?

Pronunció esta última frase con cierta vacilación. Leodiceo, arrellanándose en su sillón, produjo una especie de silbido poco respetuoso.

— Tío, contestó con tono de reconvención, le creía

á usted un hombre formal. Estamos tratando de negocios, y me salta usted con tonterías novelescas. Mi prima me gusta y estoy dispuesto á casarme con ella, puesto que pido su mano. ¿Qué dote tendrá?

Desde aquel momento, la entrevista tuvo tanto interés para Leodiceo, que se olvidó de la cita.

— Entrego á Valeria la herencia de su madre, es decir: primero, 50.000 escudos que constituyeron el dote de mi difunta; segundo, 200.000 escudos de bienes gananciales según inventario hecho á su fallecimiento, y á esa cantidad añadiré 50.000 escudos al presentar mis cuentas de tutela.

— Lléveme el diablo los escudos, tío; hablando más claramente, eso constituye, si no he contado mal, un total de 900.000 francos. ¿No podría usted llegar al millón? ¿Y qué le dejará usted cuando se muera?

— ¿Cuando me muera? ¡Caramba, y qué claro hablas!

— Está visto, dijo Leodiceo con gravedad desde

ñosa, no es usted un hombre tan formal como me creía: nada de sensiblerías, tío. Le contraría á usted contar en mi presencia el fondo de su bolsa: pero cuando uno casa á su hija, hay que resignarse á ello.

— Pues bien, dijo el Sr. Martín después de algunos segundos de vacilación, dejaré á Valeria ocho millones.

— ¿Sin contar los novecientos mil francos de su dote?

— Sin contarlos.

— Entonces eso constituye una fortuna de ocho millones novecientos mil francos. Confieso que es bastante bonita; las esperanzas son suficientes, pero el dote no lo es tanto. ¿No se podría aumentar el uno en detrimento de las otras?

El tío meneó la cabeza con cavilosa firmeza.

— No, no, sobrino; tendrás novecientos mil francos de dote, cantidad suficiente para poner el pie en el estribo. Quiero un yerno que trabaje como yo he trabajado, y que no tenga por ocupación el hacer que cuatro tunantas se coman el dinero de su mujer. Has de saber que me han dado sobre ti ciertos informes que no me tranquilizan; te diviertes, te entretienes y te vas á picos pardos.

Leodiceo se levantó de un salto, y exclamó haciendo un movimiento de indignación:

— Me han calumniado, tío.

— Entonces, dijo el tío algo más tranquilo, ¿juras que harás feliz á Valeria?

— Claro está, lo juro.

Mientras hablaba miraba á su tío con el aire de un tratante en caballos que examina un potro.

— Supongo que no se comerá usted esos ocho millones.

— Tranquilízate, están más seguros en mis manos que en las tuyas.

— ¿Y no se volverá usted á casar? Sería una partida serrana.

El Sr. Martín se echó á reír.

— ¡Picarón! ¿Crees que á los sesenta años, y después de diez años de viudez, sea capaz de hacer una calaverada?

— ¡Hum! Se han dado casos; pero debo decir en su obsequio que los informes que me han dado acerca de usted son excelentes; es usted virtuoso como una doncellita. Por algo le llaman á usted las muchachas de Brest el Oso Martín. Creo en la virtud de usted, tío, y una prueba fehaciente de ello es que me caso con mi prima; pero si me llega usted á engañar...

— Puedes dormir tranquilo, burlón sempiterno, y ahora ve á ver á tu prima, que debe estar en el jardín. Supongo que le gustaría mucho saber por tu boca el resultado de nuestra conferencia.

Leodiceo echó una mirada al reloj de pared y salió presuroso. Al atravesar el patio encontró un palafrenero y le preguntó:

— ¿Hace mucho rato que ha salido el sol?

El palafrenero no le comprendió; creyó que era una broma y le contestó con una carcajada estúpida.

Leodiceo se encaminó á la playa, procurando andar como un paseante indiferente por temor de que le siguieran, de que le espíaran.

«No hagamos tonterías, decía para sí; no vayamos á comprometer el casamiento por un capricho. Nueve millones son una cantidad muy bonita, ¡qué diantre! Pero mi tío me ha parecido desconfiado con sus «¿te gusta?», «¿la amas?», «¿la harás feliz?». Vuelve atrás, Leodiceo, y ve á contemplar la coloradota cara de tu novia.»

Este hubiera sido el partido más cuerdo; pero siguió avanzando, sólo por saber si Bertranda había acudido á la cita, si le había esperado; cuestión de amor propio, ni más ni menos.

Cuando vió á la joven, sentada al pie del antiguo dolmen, con las manos cruzadas sobre las rodillas como quien hace largo tiempo que está esperando en vano, sintió una alegría en que ya no intervenía solamente el amor propio.

— ¡Pobre muchacha! ¡Sería una crueldad dejar que se consumiera así todo el día!

Al acercarse á ella, le cogió las manos y se las llenó de besos. Ella, por su parte, no trató de ocultar su radiante júbilo. Estaba tan seductora, que Leodiceo se olvidó de Valeria, de Martín de Brest y hasta de sus nueve millones. Solicitó apasionadamente de ella otra cita, pero á una hora en que dormiera su suegro.

Leodiceo explicó su tardanza diciendo:

— He creído que mi tío no me soltaría, que me seguiría, que me obligaría á ir á buscar á Valeria.

— Pero puesto que me ama usted y yo le amo, dijo Bertranda, ¿qué vienen esos misterios? ¿Por qué no ha dicho usted á su tío que no pensaba casarse con su hija, y por qué no pide usted mi mano? Y luego añadió con la mayor sencillez.

— Mi padre tiene muy mal genio; y como buen militar, muy rígido en cuestiones de honor; si nos sorprendiera juntos le mataría á usted.

Hizo esta advertencia con el mismo tono que se adopta para avisar á un imprudente que no debe acercarse mucho al borde del precipicio. Leodiceo sintió correr por su epidermis un ligero escalofrío.

«Vamos, pensó, no conviene llevar más adelante este galanteo, y á fe que es mucha lástima; pero el oso Martín por una parte y el irascible capitán Meriadec por otra...»

Estaba ya de pie delante de Bertranda, pronto á separarse de ella; pero con gran asombro suyo no pudieron salir de sus labios las palabras de despedida. Acercóse más á ella, fingiendo en su rostro codiciosas miradas, prodigándole lisonjas y enumerando con ardor todos sus atractivos. Ella le escuchaba embelesada. Entonces, viéndola ya conquistada, sacó su reloj.

— ¡Caramba!, exclamó; no sé lo que me hago. Las citas son imposibles por la mañana. A media noche nos veremos, ¿no es verdad?.. No tenemos otro medio de estar solos.

Bertranda pensaba que las reinas legítimas y las ilegítimas no habían debido mostrarse demasiado austeras, y que los enamorados eran cosa rara en Keroeck. Consintió, pues, en la cita.

Se vieron casi todas las noches. Él, sin embargo, continuaba fiel á su aparente respeto.

Pero aquel vividor egoísta se habría equivocado si hubiera aceptado aquel idilio sin otra idea. Iba minando poco á poco el alma de aquella doncella cuya pureza aparentaba respetar, y ora hacía brillar á sus ojos las imágenes excitantes de la vida parisiense y le contaba algunas aventuras de los bailes de máscaras; ora, con su voz burlona de boulevardero, hacía irrisión de la virtud y de las más santas creencias, á las que calificaba de estupideces y añejas majaderías.

La iniciaba también en las exquisiteces de la elegancia, haciendo que se avergonzara del trabajo y de la pobreza, y tanto que una mañana el viejo Meriadec se quedó estupefacto al ver que su hija se dedicaba á los quehaceres domésticos muy emperijilada y puesta de guantes.

Leodiceo sembraba profusamente en una tierra fecunda, y la semilla germinaba. Cuando supuso que la cosecha estaba madura, se decidió á recogerla. Verdad era que el tiempo apremiaba, y para precipitar el desenlace anunció su partida.

— Voy á ver á mi padre, dijo; pero, Bertranda, antes necesito estar seguro de que no he sido juguete de una mujer ambiciosa y coqueta; necesito una prueba irrefutable de tu amor; ¿me entiendes? Creo que no rehusarás...

Las jóvenes criadas en el campo y que han leído novelas, nunca son enteramente ignorantes. Se entablaba la partida decisiva; pero la puesta era tan importante que Bertranda tuvo miedo.

— ¿No irá usted á casarse con su prima?, preguntó.

Leodiceo procuró primero tranquilizarla con una de sus bromas habituales.

— ¿Soy acaso tan mal jardinero para crearme capaz de plantar en mi jardín una gruesa peonía encarnada en vez de la preciosa rosa blanca que tengo delante?

Quiso atraerla á sí, pero ella retrocedió.

— ¿No me engañará usted, no me abandonará?

Entonces afectó el aire indignado de un caballero á quien se cree capaz de una infamia.

— Si no me aprecia usted en lo que valgo, señorita Meriadec, dijo, es preferible que no nos volvamos á ver.

Temiendo haberle ofendido, ella balbuceó luego algunas disculpas.

— Quería decir que tal vez su padre de usted niegue obstinadamente su consentimiento, que usted no se atreverá...

— ¡Pardiez! Casi estoy seguro de que lo negará; pero hay una ley que permite á los hijos arrostrar el disenso paterno, y me acogeré á esa ley. Pero ya comprenderás, amada mía, que un asunto tan importante bien merece la pequeña concesión que solicito. Te juro que por nada ni por nadie me separaré de ti; te juro que serás mi esposa si me das la prueba de tu amor.

Y Bertranda dió la prueba que pedía Leodiceo.

El primer domingo de septiembre los vecinos de Keroeck que asistían á la misa mayor oyeron estas palabras pronunciadas desde el púlpito:

«Promesa de matrimonio entre Leodiceo Martín, hijo de Pedro Alejandro Martín, banquero de París, y de Aurelia Meyer, su esposa, por una parte, y Lorenza Luisa Valeria Martín, hija...»

XII

Muchos años habían transcurrido desde aquella hora inolvidable de angustia y desesperación; jamás la olvidó Bertranda. Y ahora, asomada al pretel, contemplaba el lago cuyas olas tomaban un color gris bajo aquel cielo de otoño. Una densa niebla ocultaba la orilla saboyana, produciendo la ilusión de los horizontes infinitos, y dando al lago cierta semejanza con el océano bretón.

La mujer que miraba pensativa las brumas del lago Lemán, como la joven que lloraba en la playa del Atlántico, tenía un corazón ambicioso, pero más que ambicioso, agriado.

Aquel drama de amor no había sido la única decepción de su vida, si menos dolorosa, no menos cruel. Repasaba otra página de su penoso pasado; volvía á verse en la pequeña iglesia bretona desempeñando su triste papel de doncella de honor, siguiendo á la radiante Valeria como esos pobres vendidos encadenados siguen al carro del vencedor. Oía el juramento solemne proferido por el traidor, veía el cambio de anillos, símbolo del lazo indisoluble, y luego, durante los interminables parabienes dados en la sacristía, se retiraba á un lado y la cólera y los celos desgarraban su corazón.

Martín de la Rochela y Martín de Lyon hablaban detrás de ella.

— Martín de Brest, decía el uno, es más rico de lo que yo me había figurado. Al casar á su hija apenas si ha mermado su fortuna. ¡Buen negocio haría Martín de París si ahora le diera al viejo la ocurrencia de volverse á casar!

— ¿Volverse á casar?, respondió Martín de la Rochela; maldito si piensa en ello: mírale bien.

A lo cual replicó el otro, que al parecer era un psicólogo:

— ¡Hum! A veces los más tranquilos son los que se vuelven más fogosos. Si una mujer supiera atraerle...

En aquel momento Bertranda, llena de odio, pensaba si era cierto que había podido amar á aquel egoísta que, sin apiadarse de su sufrimiento, acababa de unirse á otra. Le aborrecía y aborrecía á Valeria con rabia impotente y estéril. Y de pronto las palabras de Martín de la Rochela hicieron brillar á sus ojos un destello de esperanza. Pero esta venganza era una de esas ante las cuales retrocede un corazón de veinte años, porque ¡ay, el pobre viejo Martín era tan poco seductor!.

Tardó más de un año en decidirse, mas poco á poco fué examinando la situación bajo otro aspecto. No tan sólo era cuestión de venganza, sino también de fortuna. Casarse con aquel anciano significaba á la vez vengarse y ser rica, dejar á Keroeck y vivir en Brest, asistir á bailes y fiestas, cambiar sus pobres vestidos de lana por los trajes más lujosos. Valía la pena de hacer la prueba, la hizo y le salió bien.

Hacia tres años que saboreaba su lujo y su riqueza, encontrando en ellos goces más grandes de lo que había supuesto y tolerando la presencia de aquel marido bonachón que la idolatraba y satisfacía todos sus caprichos. No se preocupaba en lo más mínimo por el porvenir, pues su esposo le había enseñado un pliego lacrado guardado en un cajoncito secreto de su papelería, diciéndole:

— Este es mi testamento, querida Bertranda. Te dejo toda la parte de mi fortuna de que la ley me permite disponer, es decir, cuatro millones de francos, porque espero que serás siempre para mí buena, amante y fiel.

¡Fiel! Sí, lo había sido, rígida, absolutamente, no tan sólo por interés y por deber, sino también por sentir un amargo desdén al amor. No podía olvidar la traición de aquel en quien tan insensatamente había creído, y por esto englobaba en un mismo rencor á todos esos apuestos pretendientes que le parecían bandidos disfrazados de mendigos. Tenía empeño en conservar su lujo lo mismo que su reputación, y no quería comprometer su porvenir y enajenarse las buenas disposiciones de su marido por un amorío sentimental.

Y sin embargo, cuando después de la muerte de Martín de Brest abrió la papelería, y empujó un resorte como él le había enseñado, encontró el doble fondo vacío: el testamento había desaparecido. Era imposible que lo hubieran robado, porque desde el primer ataque de apoplejía, había puesto en lugar seguro la llave de aquel mueble; además nadie conocía el cajoncillo secreto, por consiguiente el mismo difunto debió haber quemado ó roto su testamento. ¡También él la había engañado! ¡Todos traidores, ladrones, embusteros!

Como se comprenderá, Bertranda no se creyó obligada á llorar al hombre que la dejaba en la po-

breza: quitóse rabiosamente el luto y ostentó los esplendores de su rojiza cabellera y los magnéticos effluvios de sus ojos garzos, desde las playas mediterráneas á las riberas normandas, desde los Alpes á los Pirineos, desde las Cevenas á la Selva Negra, por dondequiera que la gente del gran mundo va á divertirse, siempre en busca de una presa, pero queriéndola rica y tendiendo para ello muy alto sus redes.

Un noble lord se dejó coger, pero retrocedió ante la palabra casamiento. En Biarritz un señor español se prendó de ella y accedió á casarse; pero como sólo poseía diez ó doce nombres sonoros y el derecho de cubrirse delante del rey, ella fué la que le rechazó, juzgando que aquello no era bastante en una época en que el alto precio de los víveres preocupa con motivo á todos los economistas. En Montecarlo un príncipe ruso le pagó el tributo de su admiración; mas por desgracia, estaba ya casado en su país, y esto frustraba todas sus ambiciosas esperanzas.

Siguió todavía otras falsas pistas, una de las cuales la condujo á Lausana, desalentada, desilusionada. Alquiló un chalet y se instaló en él para cobrar aliento y descansar un poco, lejos de las fondas, de las mesas redondas, de las casas de huéspedes y de los balnearios. Tornóse fatalista, y se decidió á esperar y á ver venir.

El horizonte más próximo estaba sin disputa en una quinta muy elegante, habitada hacía muy poco tiempo, y de la cual veía salir tres personas, un hombre, una mujer y una niña.

Ya sabemos cómo, gracias á los informes de Carlota, tendió sus redes, en las que se dejaron coger el aya primero y el pintor después; la niña, suspicaz y desconfiada, olfateó el lazo y se libró de él.

Esta inequívoca hostilidad hizo que la indiferencia de Bertranda se trocara en aversión y que sintiera hacia la niña ese recelo y esa cólera que inspira un enemigo emboscado resuelto á cerrar el paso.

La Sra. Martín no era de esas mujeres que pecan de irresolutas; sin embargo, después de la partida del pintor se quedó perpleja, semejante al pescador de caña que después de sentir que el pez hurga el cebo, conoce que el muy astuto no se ha dejado coger y piensa si será mejor continuar en el mismo sitio ó buscar fortuna más allá.

Al mirar las persianas cerradas de la quinta, sentía en su corazón una impresión extraña, no de amor, ni siquiera de amistad, sino de amargura, hija de una decepción. Comprendía que había contado con aquel casamiento, y comprendía también que no renunciaría á él mientras le quedara una esperanza. Resolvióse, pues, á aguardar, aunque no sin impaciencia.

«Pierdo el tiempo,» decía.

Y para ella el tiempo era la juventud que iba desapareciendo; pero ¿adónde podía ir en aquella estación de otoño? Era demasiado pronto para ir á las estaciones invernales; demasiado tarde para las playas y los establecimientos balnearios. Verdad es que era la época de las cacerías y de las residencias en las posesiones campestres; pero ninguna dueña de casa la había convidado, porque no se abre el hogar doméstico á una desconocida á quien sólo se ha hablado en la mesa de una fonda.

Empezaba á reconocer que si el galanteo es fácil, el casamiento es difícil. Experimentaba cierta laxitud, seguía siendo ambiciosa; pero de año en año y á fuerza de contrariedades y decepciones, disminuía, se empedrecía el objeto de su ambición. Sabía ya que los hijos de los reyes no se ponen ahora en busca de pobres Cenicientas; que los parisienses jóvenes, guapos y ricos cortejan, pero no se casan; que los Martín de Brest se casan, pero no dejan herencia; que los lores de Inglaterra piden respetabilidad á sus novias, y que los señores españoles no pecan de opulentos.

Así pues, de decepción en decepción, había llegado á desear aquel casamiento honroso, pero poco brillante; aquella holgura burguesa, aquellos sesenta mil francos de renta del pintor Fernando Duvernoy.

XIII

Aunque se estuviera únicamente en los últimos días de octubre, el invierno hacía sentir sus rigores en Pontarlier; la nieve cubría el suelo y soplaban vientos glaciales. Santiago se había dejado sorprender por este primer frío á pesar de sus cuerdas resoluciones, y por eso hacía precipitadamente su equipaje, echando pestes más que nunca contra aquella pequeña ciudad, contra la gota y contra la tía Fournéron que con sus instancias había demorado su marcha.

Duvernoy, después de ir á la estación del ferrocarril á despedir á su primo, volvió á su casa tiritando.

Un buen calorífero instalado en su taller le hizo entrar en una agradable reacción.

— ¡Qué bien se está aquí, pensaba, y qué fortuna no tener que viajar. Compadezco verdaderamente á ese pobre Santiago. Váyanse al diablo los viajes en estos momentos! Vamos á ver, hoy ocuparé bien el día: á las dos, última sesión para el retrato de Santa Inés; á las cuatro, cita en casa de mi notario; no es una entrevista muy divertida, pero sí útil; y al anochecer, comida en casa del presidente y luego nuestra partida de whist.

Acercóse á la ventana, contempló las ramas de los árboles cubiertas de escarcha y murmuró:

— Ya no quedan hojas. ¿Qué será de ella? Lolota no ha recibido noticias suyas; ayer mismo me decía



Los pretendientes de Bertranda

que no había tenido contestación á sus dos últimas cartas. ¿Habrá empeorado? Sí, sí, iré á verla tan luego como haya concluido con...

Repitió tres veces la palabra «con,» discurriendo razones que darse á sí mismo; y desesperando de encontrarlas, encendió un cigarro y se instaló delante de su caballete: entornaba los ojos, se alejaba, se acercaba, meneaba la cabeza: decididamente no estaba descontento de su obra.

Llamaron en esto á la puerta y entró Mariana con un telegrama, el cual estaba concebido en estos términos:

«Recuerdo á usted su juramento; venga usted, le necesito. — BERTRANDA.»

Leyó y releó estas dos líneas cuyo forzado lacónismo no dejó de sobresaltarle. ¿Por qué un telegrama en lugar de una carta? ¿Por qué aquel llamamiento tan poco explícito?

Sondeó los repliegues de su conciencia y encontró en ellos cosas muy feas. ¿No le había dicho Bertranda al despedirse: «Si me abandonara usted, si no volviera á verle, me moriría?» No podía menos de confesarse que la había abandonado un tanto; no tan sólo no había vuelto á Lausana transcurridos los ocho días, sino que sus cartas eran cada vez más escasas. Ella no había proferido queja ni reproche alguno, procediendo en esto con su notoria indulgencia, pero sin duda estaba á punto de morir, lastimada por tan brutal olvido.

Para atenuar sus remordimientos, era preciso una expiación; partir inmediatamente sin perder momento. Consultó el indicador de ferrocarriles, miró el reloj y vió que le quedaba el tiempo justo. Llamó, pidió su maleta y con torpe precipitación la llenó de los objetos más heterogéneos y poco apropiados; echando de cuando en cuando una mirada de sentimiento al retrato de Santa Inés, del que se separaba con pena por dejarlo sin concluir.

Terminaba estos preparativos cuando Lila se presentó en el umbral de la puerta, llevando un poco de nieve en sus manecitas coloradas de frío.

— ¡Papá, gritó, nieve, ya hay nieve; qué gusto da!.

Pero vió la maleta, y demudándosele el semblante dijo con ronca voz:

— ¿Te marchas? ¿Y adónde?

— Me ausento por algunos días, contestóle su padre, pero pronto volveré. Tú te quedarás aquí con Carlota.

Lila pareció no oírle y repitió:

— Pero ¿adónde vas?

Ante esta pregunta apremiante, el pintor se turbó y dijo:

— Sé razonable, hija mía: un asunto importante que no puedo aplazar...

Pero la niña, sin escucharle, sin creerle, más blanca que la nieve que se derretía entre sus dedos atreídos, repetía con voz sorda, baja, ardiente:

— ¿Adónde vas?, ¿adónde vas?

En aquel momento entró el aya y Fernando le dijo:

— Carlota, tengo que marchar para evacuar un negocio urgente: estaré poco tiempo ausente; mientras tanto cuide usted de Lila.

En seguida, para abreviar toda explicación, cogió la maleta y se dirigió á la puerta. La niña dió un grito, juntó las manos y se echó á sus pies.

— ¡Papá, papá!, exclamó; ¡por Dios no me abandones, no te vayas! ¡Mira que no te dejaré volver!

Ya no era una niña la que así hablaba: era una mujer defendiendo su hogar. Se agarraba á las ropas de su padre; mas de pronto, comprendiendo la inutilidad de sus súplicas, furiosa, fuera de sí, se levantó, y poniéndose delante de la puerta con los brazos abiertos, le cerró el paso.

— ¡No saldrás de aquí!, gritó. ¡No quiero, no!.

Pero la robusta alemana, obedeciendo una señal de su señor, cogió á Lila en brazos.

Libre ya el paso, Fernando salió rápidamente; sin oír un grito de angustia, sin ver el estremecimiento doloroso que agitaba aquel débil cuerpecito, cuya cabeza caía hacia atrás sobre el brazo que la sostenía.

Cuando la niña abrió los ojos después de un desmayo que duró poco rato, se encontró tendida en su lecho, junto al cual estaba su aya mirándola con ansiedad.

— ¿Se ha marchado, de veras se ha marchado?, preguntó.

— Sí, querida Lila, pero volverá pronto. No tengas tanta pesadumbre.

Lila se incorporó bruscamente en su cama, y mirando de hito en hito á Carlota le preguntó:

— ¿Sabe usted adónde ha ido?

— Hija mía, tu digno papá tiene la mayor confianza en esta humilde aya; pero...

Lila la interrumpió con una risa estridente.

— Ha ido á buscarla; la traerá, y entonces ella nos echará de casa, á usted y á mí.

— Estás delirando, pobre Lila, contestó Carlota; si tu papá se vuelve á casar (y al decir esto una sonrisa de triunfo entreabrió los gruesos labios de la institutriz), nadie nos echará de casa ni á ti ni á mí.

La niña no contestó; se encogió de hombros, dejó caer sobre la almohada su cabecita y se echó á llorar amargamente.

XIV

En el chalet de Lausana, Bertranda, fruncido el entrecejo, dura la mirada, procuraba atravesar con la vista las tinieblas que el crepúsculo de otoño condensaba fuera.

«¿Vendrá?, pensaba. ¿Quién sabe? Cometí una falta permitiendo que se marchara. Si Lolota fuese lista, le retendría fácilmente... La verdadera rival que debo temer es la niña; ella es la única que ha adivinado mi propósito.»

No terminó. Anublóse su mirada y se fijó largo rato en las ondas agitadas del gran lago, que, bajo aquel cielo de octubre, tenían un aspecto siniestro. Pero era una mujer enérgica y animosa; vituperóse por este desfallecimiento, se apartó de la ventana y se acercó á la chimenea.

En ella ardía un fuego vivo y las bujías de los candelabros brillaban alegremente; á pesar de lo avanzado de la estación, en las jardineras había flores de penetrantes perfumes; el cuarto presentaba cierto aire de fiesta, y la marquesina de los días tristes había desaparecido para ceder el puesto á un estrecho confidente.

Por los labios de Bertranda vagó una sonrisa; luego, como si se hubiera tratado de una desconocida, examinó atenta, minuciosamente su propia imagen que se reflejaba en el espejo. Y á decir verdad estaba desconocida: los fúnebres crespones, lo propio que la marquesina, habían desaparecido. Un vestido de color azul pálido de esmerado corte, en el que la holgura de los peinadores matinales iba unida á la elegante indiscreción de los trajes de noche, dejaba vislumbrar, al través del tul y del encaje, unos mórvidos brazos y una garganta de nacarada blancura. La viuda luctuosa, la triste enferma desaparecía; y de pronto surgía una mujer buena y sana, vivaracha y deliciosamente bella.

La Sra. Martín tenía razón para sonreír. Trababa su última batalla con la habilidad de un general experto. El luto, la melancolía, semejantes á tropas extenuadas de fatiga, cedían el terreno á nuevos y poderosos refuerzos.

(Continuara)

UN NUEVO FERROCARRIL EN CHINA

Pocos países tan apegados á la tradición como el imperio chino: las conquistas de la civilización, las manifestaciones del progreso humano han encontrado siempre en aquel país una resistencia hasta hace poco invencible, que ni siquiera cedía tratándose de los inventos que por su utilidad manifiesta han

de esta invasión, se ha opuesto cuanto ha podido á la construcción de los mismos.

Pero ha llegado un momento en que la fuerza de las circunstancias le ha obligado á ceder, y hoy Rusia, Inglaterra, Francia y Alemania se aperciben á aprovecharse de las cesiones de territorios que en una ú otra forma se ha visto precisado á hacerles el imperio chino, proponiéndose construir en éste una verdadera red de ferrocarriles, algunos de los cuales están ya terminados, otros en vías de ejecución y otros en proyecto. Entre los primeros figura la línea de Shanghai á Woosung, recientemente abierta al servicio público, que tiene verdadera importancia, si no por su extensión, que es sólo de nueve millas, por el hecho de ser la primera construída en la comarca situada al Norte de Tien-Tsin: por otra parte la prolongación hasta Soochow, distante ochenta millas de Shanghai, es solamente cuestión de tiempo, y el día en que

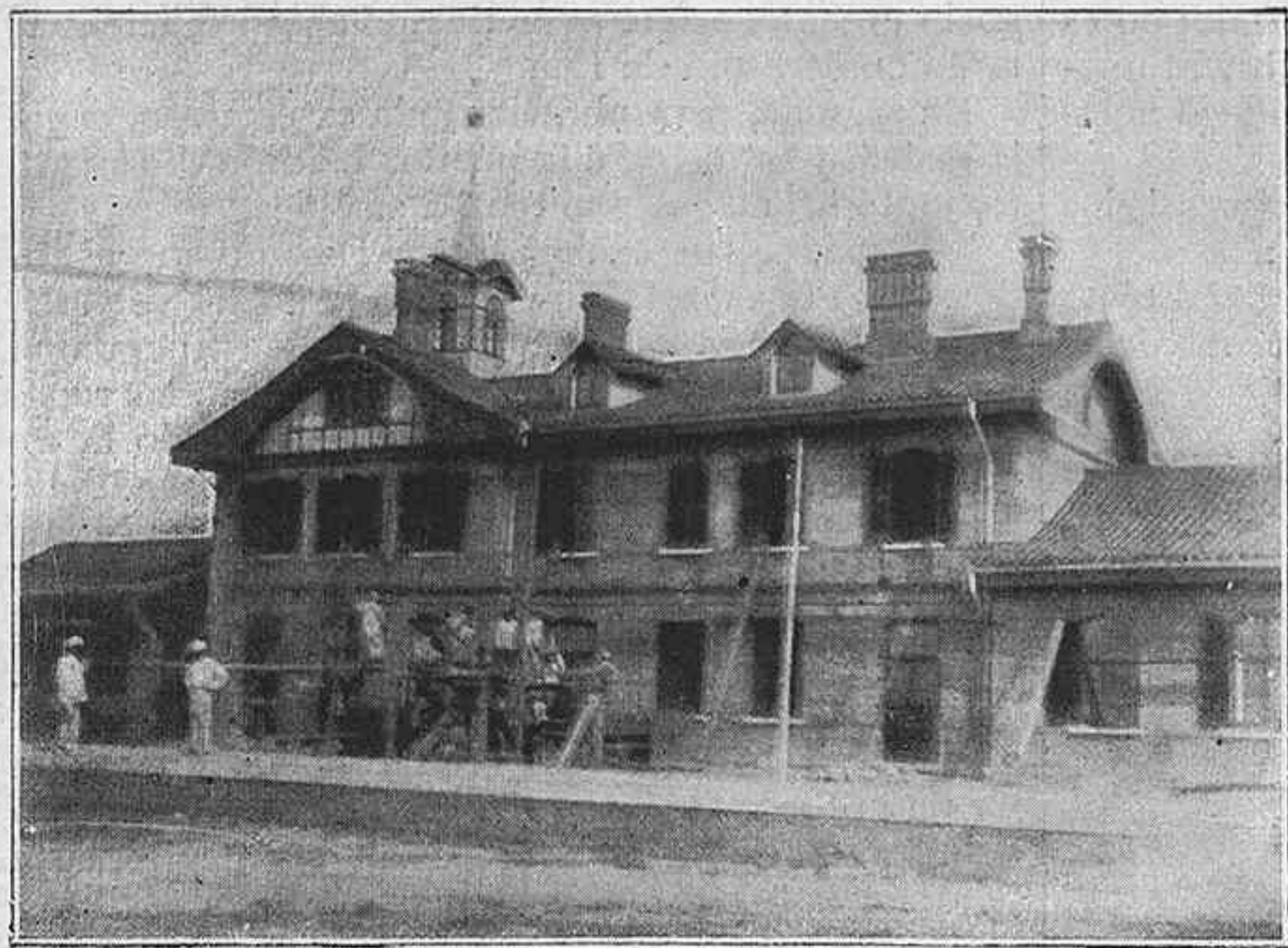


Fig. 1. - La estación de Shanghai

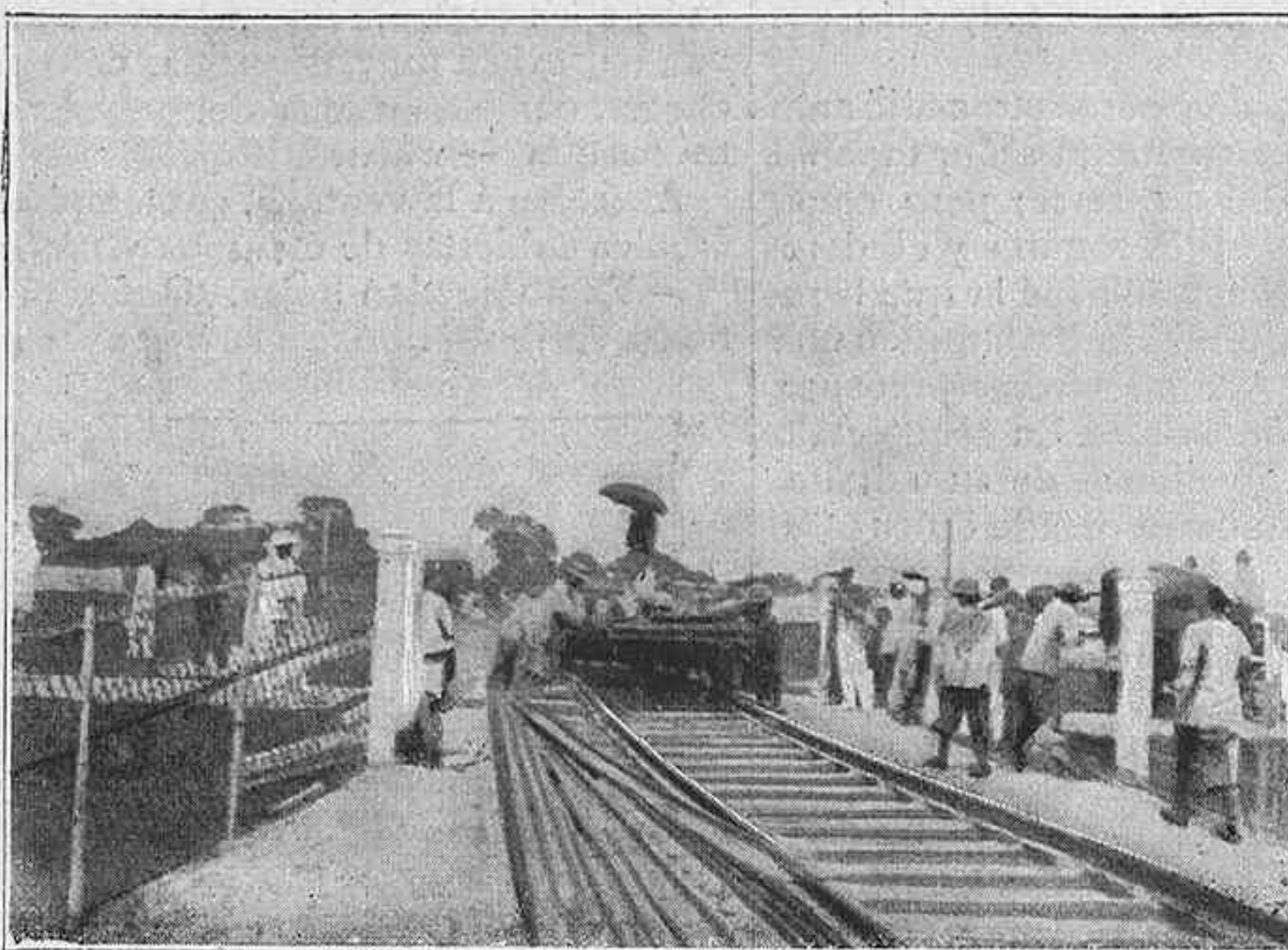


Fig. 2. - Construcción de los 100 metros últimos de vía

sido acogidos con júbilo hasta por los pueblos salvajes. Tal sucedía con los ferrocarriles, y así se daba el caso, antes de la guerra chino-japonesa, de que en un país de unos 14 millones de kilómetros cuadrados y cerca de 400 millones de habitantes, apenas hubiera unos pocos centenares de kilómetros de vías férreas en explotación.

Vencidos los chinos por los japoneses, inicióse en el Celeste Imperio un movimiento reformista, impulsado y fomentado por las potencias europeas que, interesadas en la llamada cuestión del extremo Oriente, han ido tomando posesiones en aquellos territorios, antes punto menos que inaccesibles á los extranjeros, y obtenido varias concesiones importantes, con cuya explotación se proponen aumentar considerablemente sus relaciones mercantiles y extender su influencia política en aquellas regiones.

Gracias á esta intervención, China ha progresado bastante en poco tiempo y ha visto realizarse algunas obras públicas que han de mejorar notablemente su situación, y aun cuando la revolución que ha estallado últimamente y que ha costado el trono al joven emperador Tsai-t'ien parece dirigida contra aquel movimiento reformista, es muy difícil que desaparezcan las conquistas realizadas, tanto menos cuanto que las potencias han de poner todo su empeño en conservar lo que á costa de tantos esfuerzos han conseguido.

Una de las dificultades más grandes con que han tenido que luchar las empresas concesionarias de ferrocarriles, ha consistido en que hallándose el

esté construído este trayecto, la importancia de la línea aumentará de un modo extraordinario.

Los adjuntos grabados son reproducción de interesantes fotografías sacadas por el corresponsal de un periódico inglés.

El ferrocarril de Shanghai á Woosung estaba casi terminado en 1873, pero

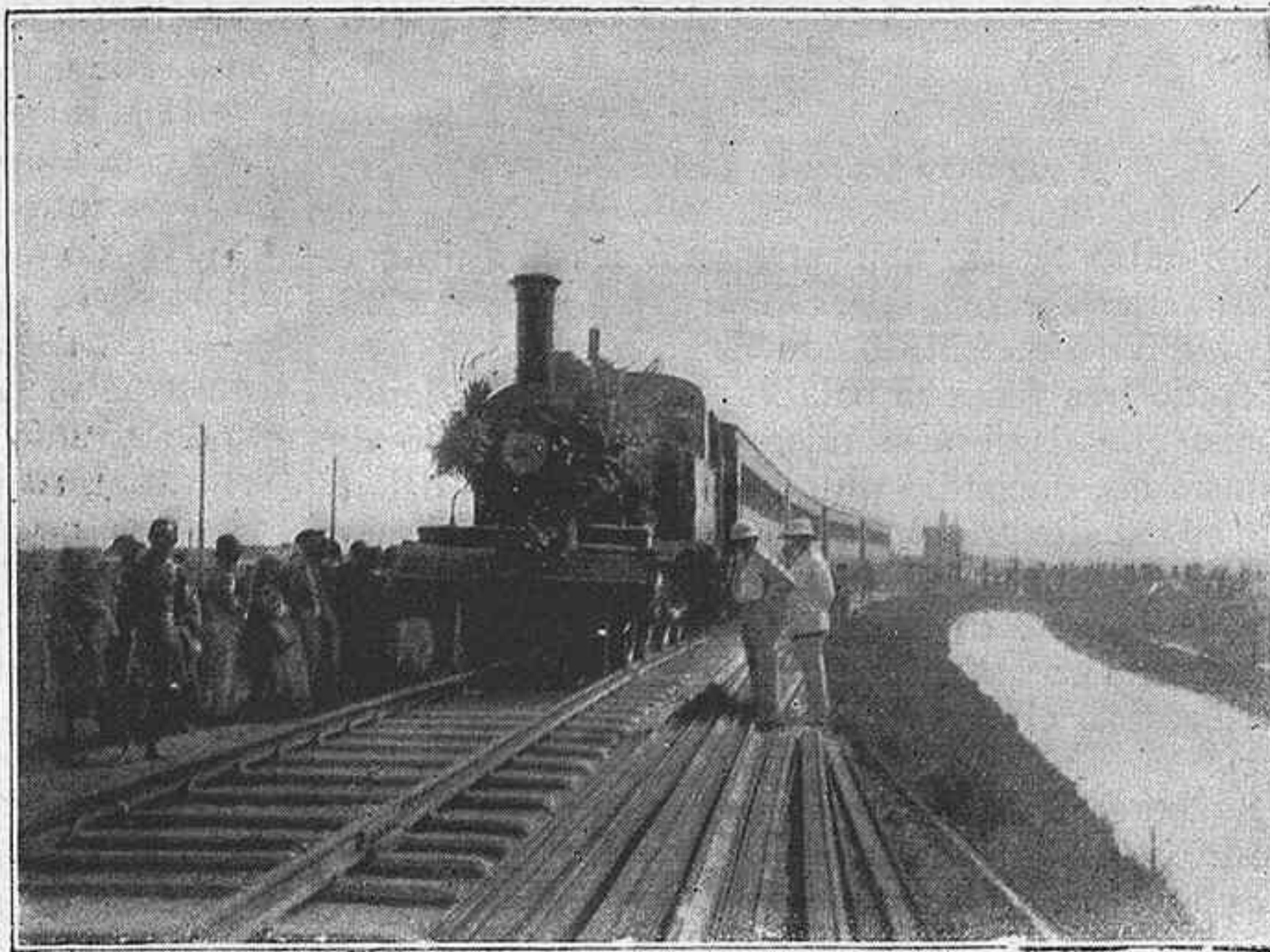


Fig. 3. - El primer tren dispuesto á marchar

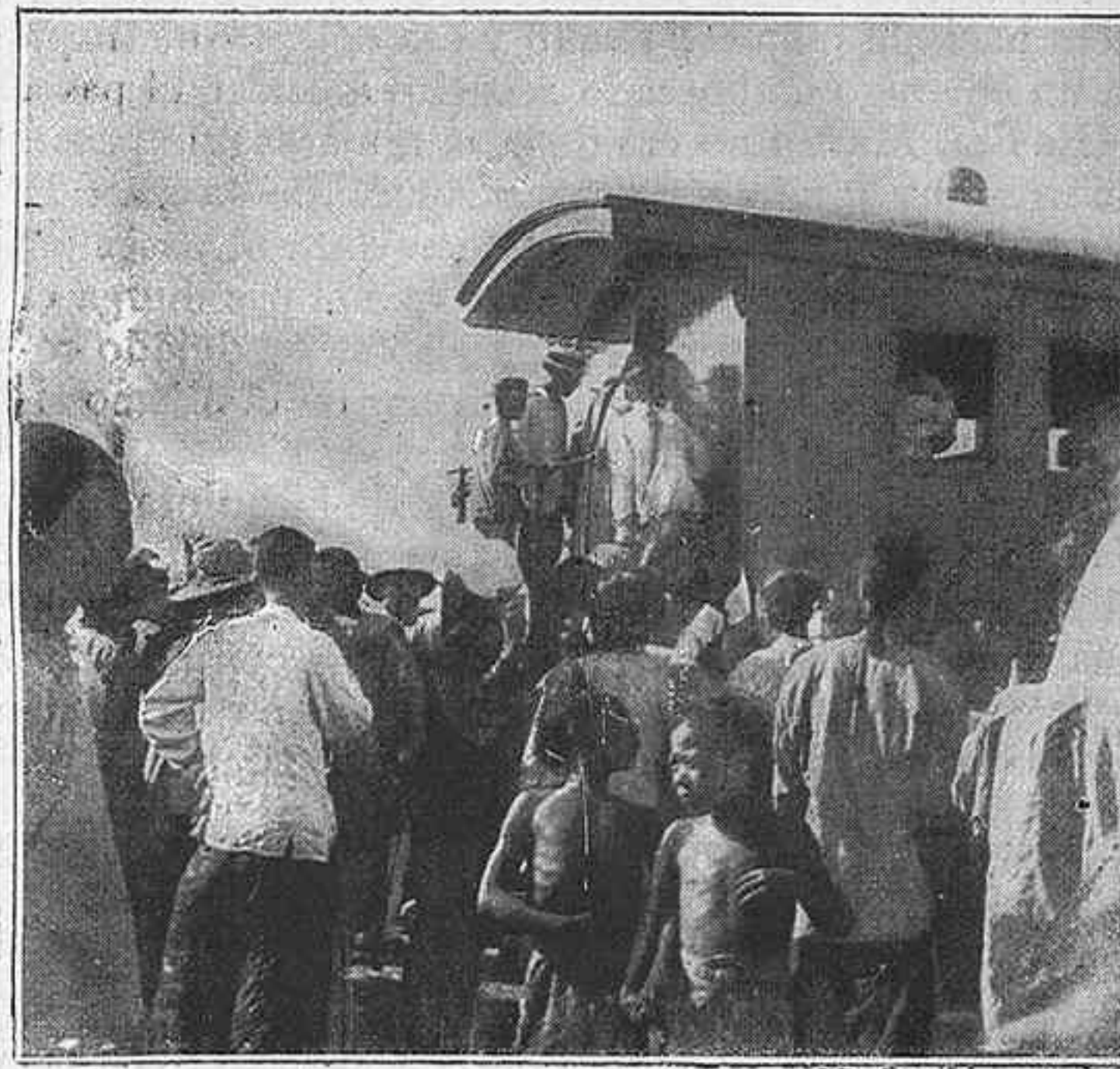


Fig. 4. - El público contemplando el tren

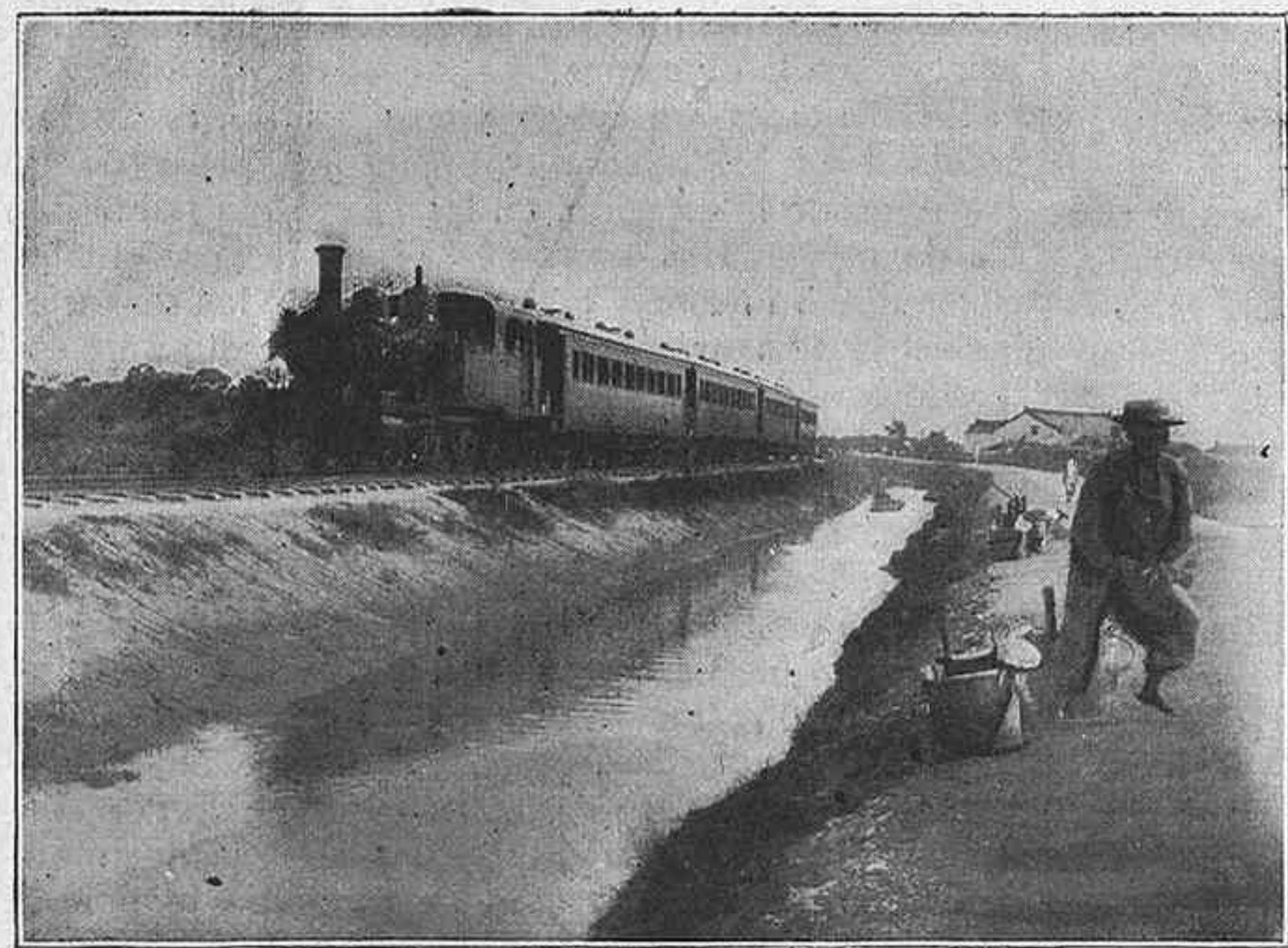


Fig. 5. - Tren en marcha

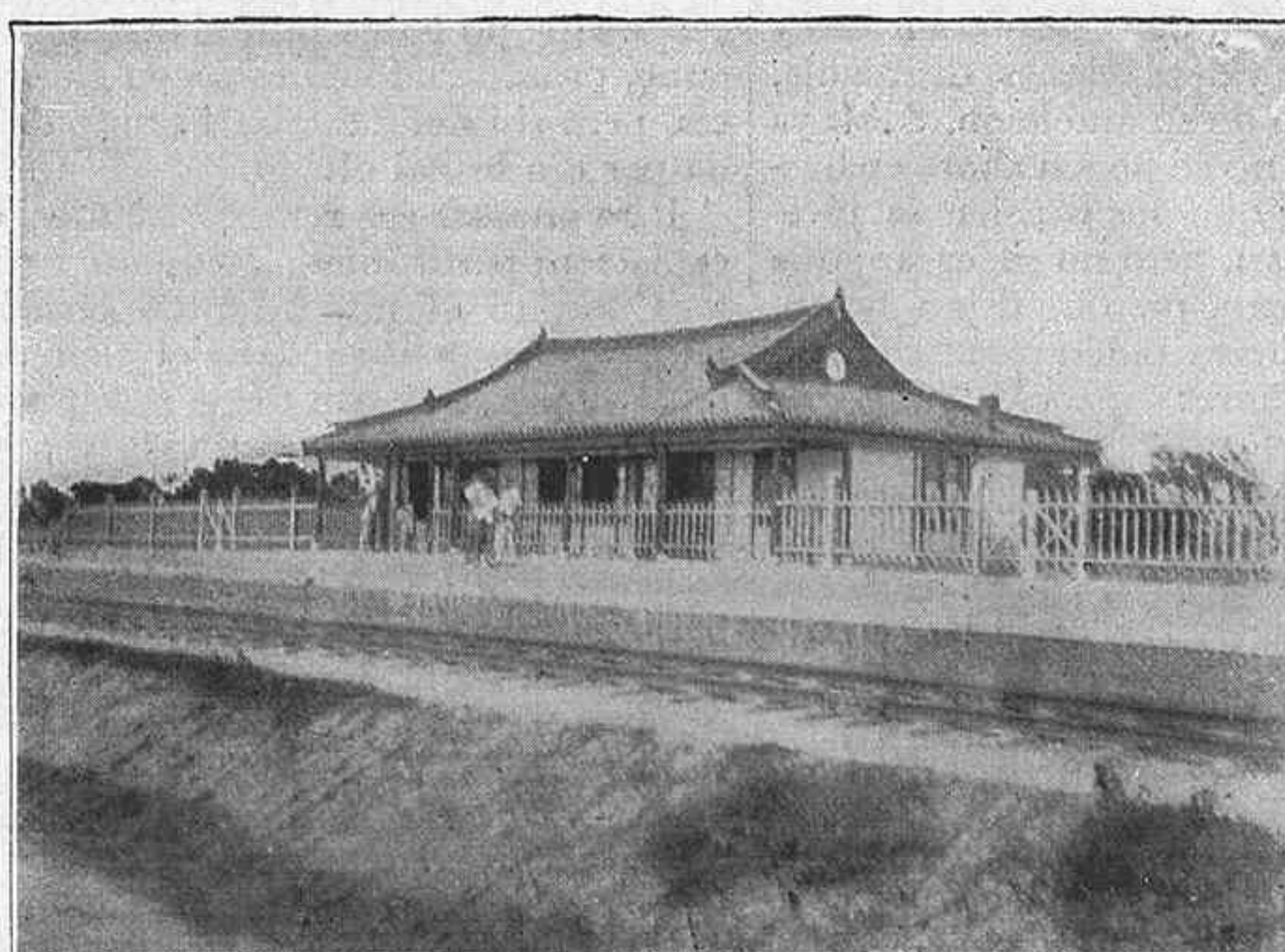


Fig. 6. - Una estación intermedia

suelo, en las proximidades de las poblaciones, cubierto de ataúdes y sepulturas, no podían construirse las vías férreas sin que éstos fueran profanados, lo cual hiere en lo más vivo de sus sentimientos á los chinos, que profesan á sus muertos un culto fanático. Además, el gobierno ha temido siempre la invasión extranjera, y sabiendo que los ferrocarriles han de ser el principal instrumento

capital del imperio con la ciudad de Hankeú, que es un gran centro con tres millones de habitantes y un importante puerto fluvial; el de Pekín á Tai-Yuen, (450 kilómetros); el de Shanghai á Nankín, á cuya construcción se destina una parte del empréstito chino, y finalmente el que proyectan las autoridades chinas y que partiendo de Pakoi irá á parar probablemente á Nankín y á Hankow. - X.

hubo de ser abandonado ante la hostilidad de los habitantes de las comarcas que atraviesa. Además de este ferrocarril hay actualmente en China en explotación el de Tien-Tsin á Sen-Hai-Kiang (278 kilómetros) en el extremo oriental de la muralla de la China, que será prolongado por Mukden y Kirin hasta enlazar en Vladivostok con el ferrocarril transiberiano; el de Pekín á Tien-Tsin (128 kilómetros), abierto al tráfico en 1897, y el de Hanoi á Laokai y Mongtse, perteneciente á una compañía francesa: en construcción el de Mandalay (Birmania) á Talifú (provincia de Yun Nan), construído por los ingleses, que se prolongará hasta Kunluferry; y en proyecto el de Stetinks (gobierno transbaikaliano) á Vladivostok al través de la Mandchuria; el de Pekín á Hankeú (1.300 kilómetros), concedido á un sindicato franco-belga, que atravesando las ricas provincias del Tchili, del Honan y del Hupé, enlazará la

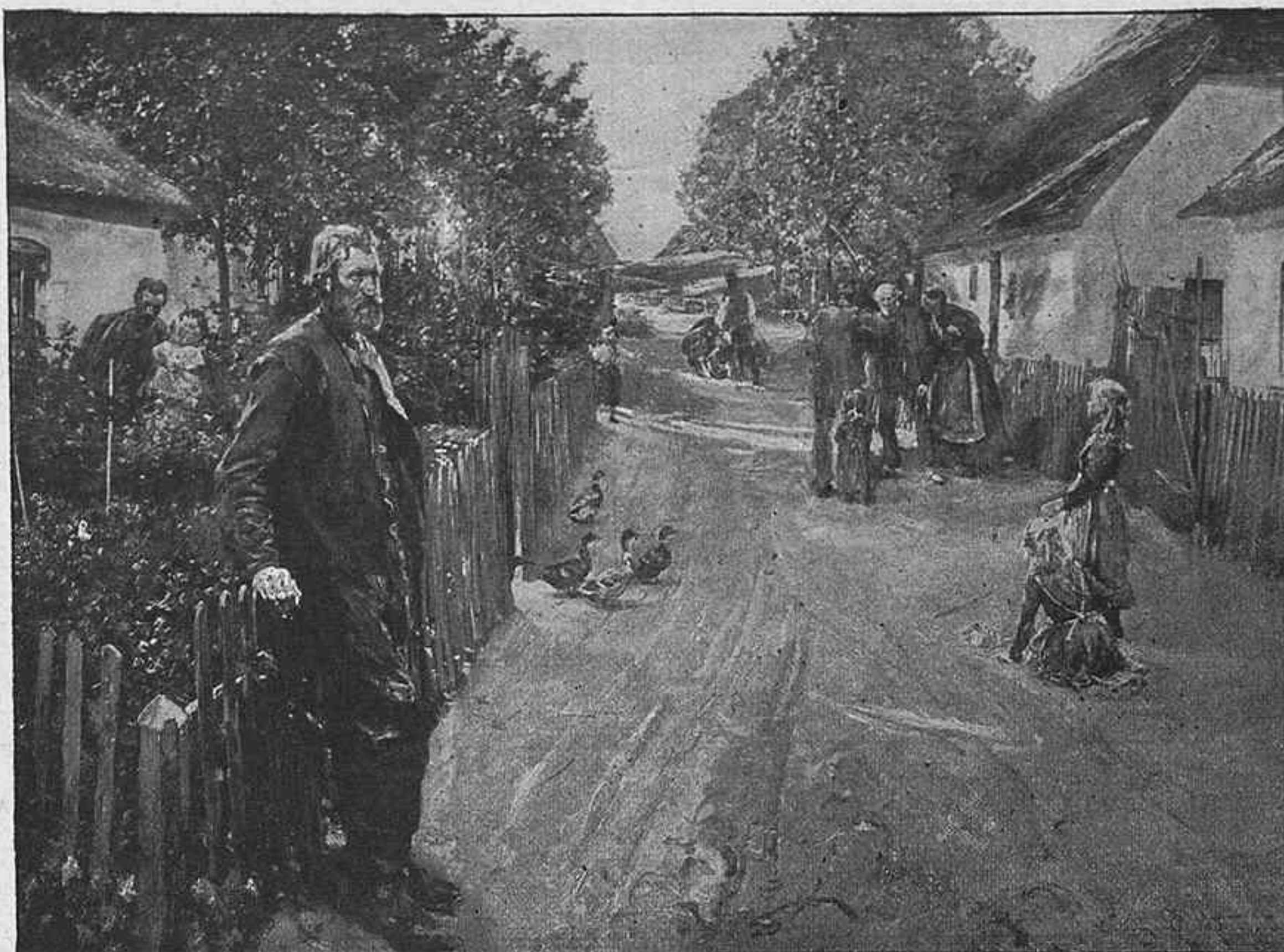
LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

FULLS DE LA VIDA, por *Santiago Rusiñol*. — Así se titula y realmente son *hojas de la vida*, en las que el artista-poeta ha escrito sus personalísimas impresiones, reuniéndolas para formar un libro, que es en cierto modo una autobiografía, de carácter tan singular como el que corresponde á quien como Rusiñol ha algunos años peregrina y lleva adonde va sus melancolías y tristezas, las efusiones de su alma y los ideales que sustenta. La sencillez y la naturalidad son las notas características de la nueva producción, pero manifestadas de tal suerte que se aprecian y admiran los delicados matices que enaltecen la dicción y el elevado sentimiento artístico que ennoblece el trabajo.

El nuevo libro, editado con el mayor gusto, ha sido impreso en la tipografía del Avenç, y se vende al precio de 7 pesetas.

TRATADO DE URBANIDAD, por *J. Xaudaró*. — Así se titula la colección de dibujos que forma el tercero de los *Albums inéditos* que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Luis Tasso: en ella el Sr. Xaudaró ha demostrado una vez más sus excepcionales dotes de caricaturista que sabe observar admirablemente el lado ridículo de la sociedad y reproducirlo con inimitable gracia, sin incurrir nunca en chocarrerías. El texto que acompaña á los dibujos no es menos chispeante que la parte gráfica.



UN DOMINGO EN LA ALDEA, cuadro de L. Dettmann

(Exposición de Berlín de 1898)

ANUARIO HIDROGRÁFICO DEL RÍO DE LA PLATA PARA EL AÑO 1891, por *C. A. Arocena*. — Hemos recibido de la Oficina de depósito, reparto y canje internacional de publicaciones de Montevideo, que contiene las horas y amplitudes de las mareas para los puertos de Montevideo y Buenos Aires y un plano cotidal para los demás puertos. El *Anuario Hidrográfico* honra á su autor, el ingeniero civil Sr. Arocena, y al gobierno del Uruguay, por cuenta del cual se realizan y publican estos trabajos científicos y estadísticos.

CUENTOS Y SUCEDIDOS, por *Manuel Ossorio y Bernard*. — La firma del señor Ossorio y Bernard es bastante conocida de nuestros suscriptores y del público en general para que necesitemos alabar los trabajos contenidos en este tomo: nos limitaremos, pues, á decir que este contiene multitud de cuentos á cual más bellos é interesantes y que forma parte de la «Biblioteca Selecta» editada con tanto éxito en Valencia por D. Pascual Aguilar. Se vende á dos reales.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

El seguro, boletín mensual de la sociedad de seguros «Austria y Hungría», domiciliada en Madrid; *El Peruano*, boletín oficial del gobierno del Perú; *El eco de Yapeyú*, periódico que se publica en la población de este nombre (República Argentina); *La peste*, periódico que se publica en Potosí (Bolivia); *Bilbao Marítimo y Comercial*, revista semanal bilbaína.

APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emanegogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

Jarabe de Digital de LABELONYE

El más eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empeoramiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la S^a de F^a de París. LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Tos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

HEMOSTÁTICO el más PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyección hipodérmica. Las Grageas hacen más fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio más eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^a-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^a, 2, rue des Lions-St-Paul, á París. Depósito en todas las principales Boticas y Droguerías

CEREBRINA

REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS Y NEURALGIAS. Suprime los Cólicos periódicos. E. FOURNIER Farm^a 114, Rue de Provence, en PARÍS. MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias. Desconfiar de las Imitaciones.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA. PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART. EN 1856. Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARÍS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARÍS 1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION BAJO LA FORMA DE:

ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO. de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA. Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARÍS

PILDORAS y JARABE de BLANCARD

con Ioduro de Hierro inalterable CONTRA la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilación, la Escrófula, etc. Evitase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en París. Precio: PILDORAS, 4fr. y 2fr.25; JARABE, 3fr.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

FA-BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Agua Léchelle

HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. — DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

PAPEL WLINSI

Sóberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Seine.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD

En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION

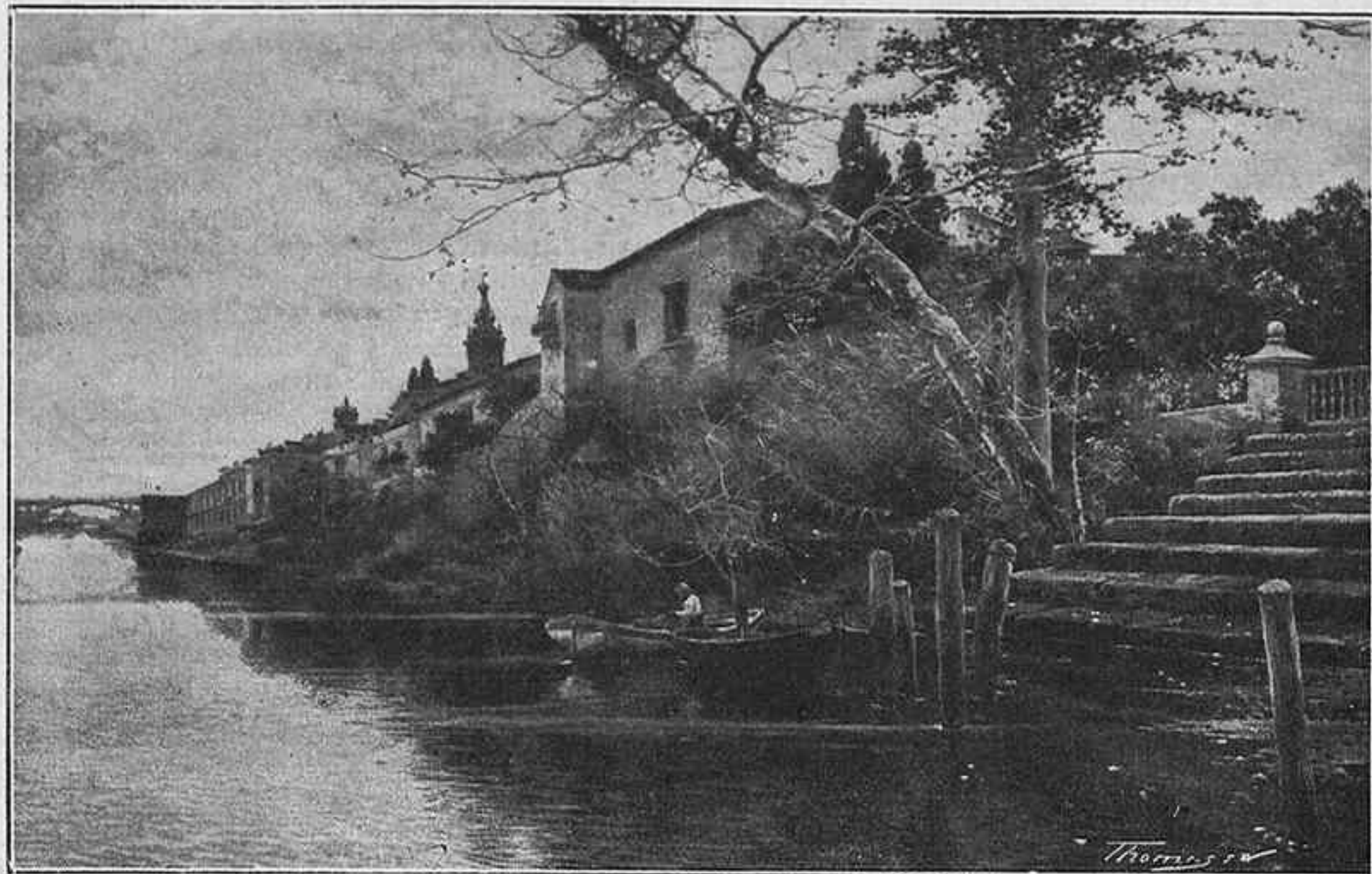
ASMA

y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias. 25 años de éxito. Med. Oro y Plata. J. THALL y C^a, 102, R. Richelieu, París.

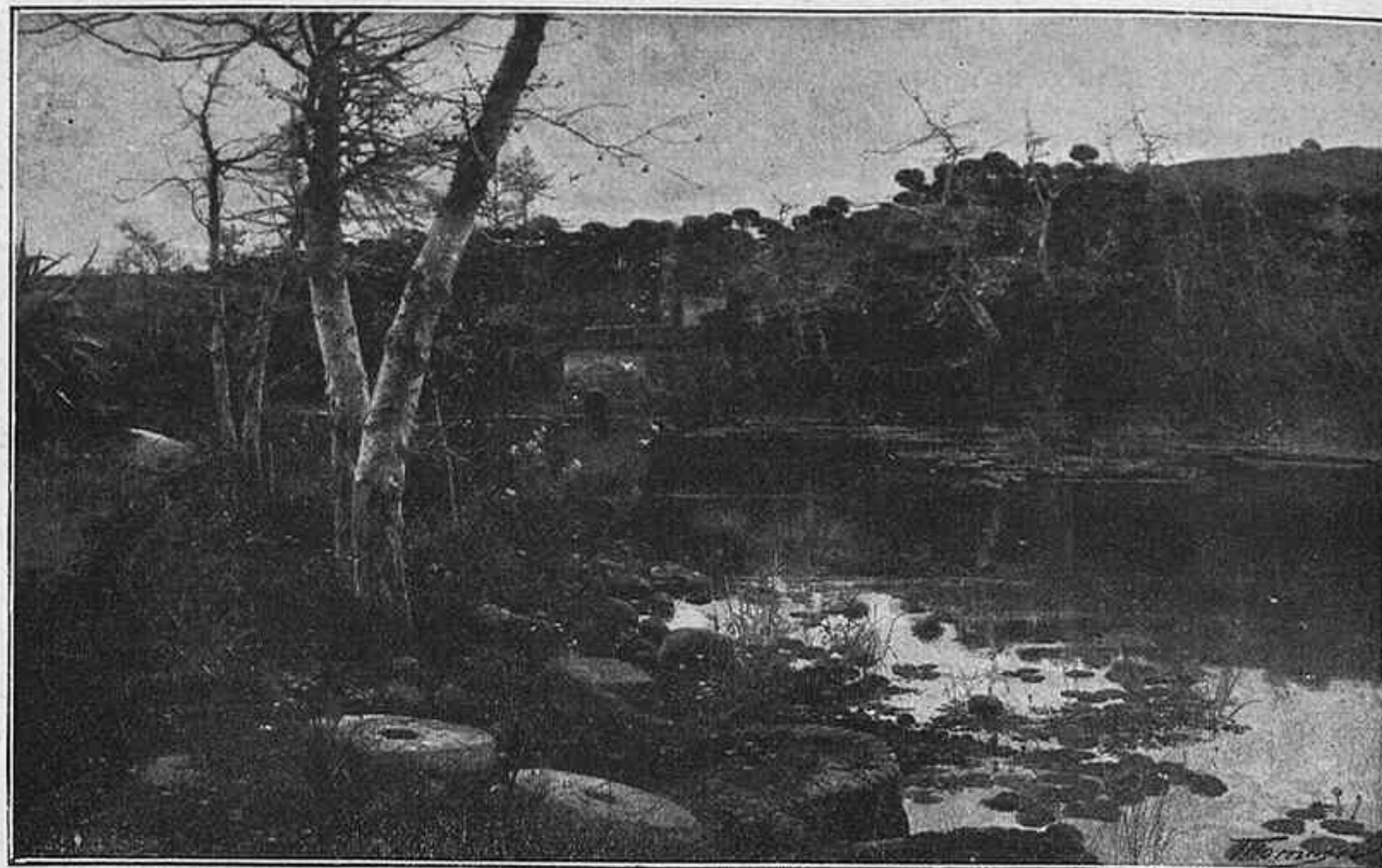
EL APIOL de los JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLOVE DUSSEY, 4, rue J.-J. Rousseau, París.



EL GUADALQUIVIR EN SEVILLA



EL GUADAIRA EN ALCALÁ

cuadros de Manuel García Rodríguez

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 CAPSULAS DE LOS DE JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE Bⁿ BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION
 EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PILDORAS DE REDUCCION DE MARIENBAD
OBESIDAD
 tratada con éxito desde hace 30 años con las
 En las principales Farmacias
 Paris 8, rue Vivienne
 del Dr. SCHINDLER-BARNAY, consejero imperial
 Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 Depurativo SIMPLE, Exclusivamente vegetal
 Prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES
 Acritud de la Sangre, Herpetismo, Afección y Dermatitis.
 El Mismo con IODURO DE POTASIO
 Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Específicas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto segun los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.
 CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.



El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con
PEPTONA
 es
 el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio : 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES DEL PECHO y de los INTENTINOS.

VINO AROUD
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.
 DOS FÓRMULAS :
 I — CARNE - QUINA
 En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
 II — CARNE-QUINA-HIERRO
 En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
 Estas dos fórmulas existen también bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
 CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN